

MADRE TRINIDAD DE LA SANTA MADRE IGLESIA
SÁNCHEZ MORENO
Fundadora de La Obra de la Iglesia

El habla de Dios
en sí y para sí, y en manifestación
de sabiduría amorosa hacia fuera

*

Las voces del Silencio
que en el silencio habla

* *

Orar es amar
La oración es omnipotente
para el hijo de Dios que, sentado en sus rodillas,
con Cristo, por El y en El, bajo el impulso
del Espíritu Santo llama a Dios: Padre

* * *

Iglesia mía, Iglesia amada,
Esposa del Cordero inmaculado y sin mancilla,
la hora del poder de las tinieblas ha caído sobre ti

* * * *

Barrenderos en la Iglesia



Editorial Eco de la Iglesia

6-10-1974

**EL HABLA DE DIOS
EN SÍ Y PARA SÍ,
Y EN MANIFESTACIÓN
DE SABIDURÍA AMOROSA
HACIA FUERA**

Nilil obstat: Julio Sagredo Viña, *Censor*
Imprimatur: Joaquín Iniesta Calvo-Zataráin
Vicario General
Madrid, 6-6-2002

5ª EDICIÓN

Separata de libros inéditos de la Madre Trinidad de la Santa
Madre Iglesia Sánchez Moreno y del libro publicado:
«VIVENCIAS DEL ALMA»

1ª Edición: Junio 2002
© 2002 EDITORIAL ECO DE LA IGLESIA

LA OBRA DE LA IGLESIA

MADRID - 28006 ROMA - 00149
C/. Velázquez, 88 Via Vigna due Torri, 90
Tel. 91.435.41.45 Tel. 06.551.46.44

E-mail: informa@laobradelaiglesia.org
www.laobradelaiglesia.org

www.clerus.org *Santa Sede: Congregación para el Clero*
(Librería-Espiritualidad)

ISBN: 84-86724-34-1
Depósito legal: M. 35.581-2006

Bajo el impulso del Espíritu Santo y la vehemente petición del que me envía; anonadada ante la pobreza de mi nada y enaltecida por la sapiental sabiduría que penetra mi alma, ilustrándome para que, bajo el saboreo de la cercanía del Ser en la realidad profunda de su misterio, lo exprese;

quiero hoy manifestar de una manera sencilla, pero lo más profunda y claramente que me sea posible, no sólo lo que Dios es en sí, por sí y para sí, sino el modo y la manera de cómo se comunica al alma que, embriagada de amor ante el néctar sabroso de la cercanía del que ama y buscándole con corazón sencillo y espíritu abierto, le encuentra en la realidad insondable del misterio trascendente y subyugante de su ser y de su obrar.

Por lo que, después de tantos años de comunicación íntima y amorosa con el Infinito en lo recóndito de mi espíritu y en mis largos y

profundos ratos de oración junto al Dios del Sacramento, vividos en postura sacerdotal a los pies del sagrario; mi alma sabe –de saborear–, en misterio profundo y trascendente, penetrada de la sapiental, consustancial y eterna sabiduría del que Es, el habla de Dios en deletreos amorosos de infinita comunicación coeterna y sacrosanta, en sus modos de ser hacia dentro y de manifestarse hacia fuera, repletos de íntimos e inéditos decires.

Pues, habiendo sido introducida por Él en lo profundo y recóndito de su conversación eterna, he apercibido, subyugada de amor, ajena a todo lo de acá y translimitada de las cosas creadas, aquella conversación intercomunicativa y familiar que, en el seno de la Trinidad, es rompiente de infinita Sabiduría en Explicación cantora de inexhaustivas, divinales y coeternas perfecciones...

Y «allí», translimitada, he sabido, en un saber no sabiendo de ilimitado entender, aquella intercomunicación trinitaria que «a vida eterna sabe y toda deuda paga»¹.

La vida de Dios es un misterio de conversación infinita pronunciada por el Padre, donde todo está dicho en la exuberancia pletórica de la Expresión del Verbo, tan sabrosa, deleitable y descansadamente, que toda la potencia sida y poseída del eterno Serse rompiendo en fecundidad de paternidad infinita y amorosa es

¹ San Juan de la Cruz.

deletreada y paladeada, sin palabras de acá, en la sustancial Palabra que al Padre, en resplandores de santidad, le brota de su seno en inagotable manantial de conversación.

Dios se es Palabra para poderse decir en su necesidad infinitamente perfecta, eterna y abarcada de expresarse. Pero Palabra que, por perfección de su infinita explicación, lo tiene dicho todo en el reventón de sabiduría que, fluyendo del seno del Padre, rompe en Dicho eterno y personal por el Verbo: Palabra cantora en deletreo consustancial de infinitud infinita de atributos y perfecciones.

Por lo que el Increado se es comunicación e intercomunicación gozosa en la donación interretornativa que las Tres divinas Personas se son en y por sus relaciones, y se poseen y disfrutan en el modo personal de cada una.

¡Pero qué Palabra es en sí el Verbo Infinito!, contención explicativa de abarcadora perfección, que, en concierto de inéditas melodías, va deletreando, en diversidad de atributos, el manantial inagotable, insondable e infinito de sus divinas y eternas perfecciones...

Ya está todo dicho en el Seno-Amor por una Palabra, eterna e infinita, de tanta afluencia que, siendo Persona, es Habla de Dios...

¡Melodías dulces de conversación...!; ¡Conciertos sagrados que son todo el serse excelso

e infinito del Engendrador rompiendo en un Dicho que es todo Canción...!;

Canción, porque es dulce su Voz expresiva de inédito acento, por las melodías subidas y eternas de su Explicación...

¡Ay si yo dijera de alguna manera, con mi pobre acento y en mi ruda voz, lo que yo barrunto cuando, trascendida, Dios prorrumpe en voces en mi captación...!

Yo no sé de qué manera mi alma es capaz de apereibir aquella generación eterna del Verbo... Yo no sé cómo será, pues, sin nada ver, sin nada oír, escucho y veo aquella Fluvente en corriente infinita de vida que Dios se es en sí, por sí y para sí, en su modo de sér-selo, por la profundidad profunda, ¡profunda!, de aquel punto sagrado, en la concavidad inédita de su consustancial misterio...

Como también conozco el hablar de Dios en mi interior; por lo que su obrar, dentro de mi espíritu, es apereibido por mi pobre captación de ese modo misterioso que, sin saber cómo es, yo sé lo que El que se Es me está diciendo dentro de mi corazón por el modo que está obrando en mí.

Pues apereibo la actuación del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, en el conjunto perfecto de su actuar y en el modo personal y peculiar de cada una de las divinas Personas.

Por lo que bien sé, en sapiencia saboreable de inédita y sobrenatural captación, cuándo y cómo es el Padre el que actúa en mi interior poniendo en la médula de mi espíritu su infinito pensamiento en voluntad amorosa de mandatos eternos; cuándo es el Hijo el que me habla en palabras melódicas y consustanciales de explicación cantora en deletreo amoroso; y cuándo y cómo es el Espíritu Santo el que, en su paso de fuego, bajo el roce sacrosanto del toque de su divinidad, en aleteo de esposo, me acaricia con la brisa de su vuelo, embriagándome de amor.

Ya que el toque personal de los Tres y de cada uno es inconfundible para el alma que, conociendo, translimitada y sumergida en el misterio del Ser, el actuar divino en saboreo de vida, sabe el modo personal de cada una de las divinas Personas en su ser y en su obrar.

Pues, aunque Dios siempre obra de conjunto y el alma así lo apereibe, también ella saborea, disfruta y sabe distinguir el modo personal de cada una de las divinas Personas en toque de divinización sapiential o de petición amorosa.

Y es tan maravillosa la actuación del Eterno en la médula del espíritu, como maravillosa también la captación que Él infunde en lo profundo y recóndito del alma para distinguir lo que las divinas Personas dicen u obran en el interior, cada una en su modo de ser, de obrar y de manifestarse.

En el pasar y posarse del Eterno en paso de amor comunicándose al alma, yo experimento, queda y claramente, el «respirar», en reteñir, de Dios en mi pecho; siendo consciente de que Él es ¡el Dios vivo y viviente! que penetra, en su hálito de vida, «¡respirando!», hasta lo más profundo y lacrado de la médula de mi espíritu.

Y lo sé porque Dios me lo manifiesta y me lo dice, sin palabras y sin conversaciones de acá, en un decir que es obrarse y realizarse en mí cuanto Él es, vive y me quiere comunicar.

Cuando yo apercibo al Dios vivo y viviente «¡respirando!» en la contención de mi espíritu, sé su amoroso palpitar en descanso comunicativo de donaciones eternas.

Dios está de asiento en mi interior. Yo lo experimento, y apercibo su «respirar» descansado y continuo, y el reteñir en latido de su pecho, para que viva, por participación, en Él y en mí, cuanto es y como lo es en canción amorosa de don eterno.

Y este «descansado» y «continuo», a mí es decirme que está de asiento y a gusto en mi alma; es decirme que Él no es un Dios muerto, sino el Dios vivo y viviente dentro de mí, en lo más profundo y recóndito de mi espíritu...; ¡tan vivo, que yo apercibo su «respiración»...!

« El alma amante apercibe
el respirar del Eterno
en sus ratos de sagrario,
que son romances de Cielo.

El respirar del Dios vivo
es inéditos conciertos...,
es melodías de glorias...,
es sabores del Inmenso...

El respirar de Jesús
es secreto y es silencio,
es dulce penetración
en la hondura de mi pecho;

recreación de mi alma,
apetencias por cogerlo
y ansias por palpar
al sonido de su acento.

El respirar de Jesús
es sabido en el silencio,
es gustado en el sagrario
y es vivido en el secreto ».

28-1-1973

Y este estar Dios en mí viviendo su vida a gusto, sin prisa y en descanso reposado de amor, no me es siempre invitación de Eternidad, sino petición de compañía, dentro, en lo profundo de mi ser...

Ya que, cuando el habla de Dios es comunicación de espíritu a espíritu en descanso amoroso en manifestación de sus misterios, éste reposa tranquilo y descansado, sin más necesidad que recibir, adorar y responder al Amado de su alma.

El obrar de Dios en el alma es conversación que, penetrándonos con su sabiduría en la médula del espíritu, nos va enseñando su modo de ser y de obrar, capacitándonos para captarle.

Yo sé cómo es el paso de Dios en llamada de Eternidad, porque pone al espíritu en vuelo y como en separación del cuerpo en lanzamiento veloz hacia Él tras la brisa de su paso.

Dios no dice nada al modo de acá, se hace sentir en paso de Eternidad.

« Una herida tan profunda tengo en el centro del pecho, que Dios mismo está arrancando a mi alma de mi cuerpo.

Soy subyugada en las voces infinitas de su acento; impulsada, corro a Él, y Él me sostiene en mi intento.

Me llama para dejarme en la cárcel de mi encierro; y entre la vida y la muerte, por la invitación que siento, vuelo impelida tras Él, y su voz me corta en seco:

¡Espera, que aún es pronto!, no te llevo aún al Cielo; no vine para sacarte todavía del destierro; sólo quería besarte y desprenderte del suelo, para que sepas saber, en tu caminar certero, a qué saben mis amores tras densos velos.

Sólo para mí te busco, sin nada que corte el vuelo que emprendes, cuando te lanzas en marcha de ascenso.

Por eso vengo a buscarte, aunque de nuevo te dejo para que vivas pendiente de mi encuentro,

para que estés esperando cuando Yo vuelva de nuevo, y siempre te encuentre alerta, en vigilante desvelo.

De ti quiero cuanto tienes; ¡ni una fibra a nadie dejo!, porque soy Jayán de amores que con celos te deseo.

No entregues a criaturas lo que sólo es mi trofeo, pues siempre busco tenerte esperando cuando vuelvo.

Y, aunque me marche en la noche, y te oculté mis deseos, me gusta, al venir a ti, que me esperes con anhelo, sin dormirte, aunque me tarde en mi retorno, si llego. ¡No duermas nunca, mi esposa, vendré para asirte al Cielo!

Amador de mis conquistas, descansa, ¡yo siempre velo! ».

1-6-1974

El que entiende las maneras del obrar divino en el espíritu, bien entenderá esto que digo; pues yo distingo su paso entre millares pasando; como sé el beso, en virginidad eterna de infinitos y celestiales amores, del Espíritu Santo en recreo de Esposo y en donación de amor; experimentando y viviendo aquello que, en su pasar, Él me quiere decir o enseñar en vivencia palpitante, viva y vivificante, que se convierte en realidad.

¡Cuántas veces Dios quiere tener sus coloquios con el alma...! Y la besa al modo trascendente de su coeterna y virginal perfección, infinitamente distante y distinta de todo lo de acá...; la festeja..., la ama..., la penetra..., la hermosea, la engalana...; la enjoya..., la envuelve, la ennoblece y la satura...; la mece en su arrullo y la acaricia en su seno...

Y ¡cuántas veces el Espíritu Santo pasa en cauterización de amor por ella, para ponerla incandescente, para enaltecerla en sus brasas, para profundizarse en su hondura como una saeta de infinito amor, penetrándola en un cauterio que es hiriente como los celos y penetrante como el amor...!

Y el alma sabe qué es y lo que Dios está obrando en ella y por qué lo está obrando; pues la penetración de la agudeza de este dardo de amor es taladrante, y se introduce lentamente en la concavidad de aquel punto profundo de la médula del espíritu como atravesando las entrañas del alma en doloroso cauterizar.

Y esto es tan deleitadamente saboreable, que es penetración penetrativa del Infinito en dardo candente de amor; enalteciendo y levantando a la esposa tan maravillosamente este obrar de Dios en ella, que son saetas encendidas que surgen de la entraña del mismo Dios a la entraña del alma en dardos de sabiduría amorosa de conversación secreta.

« ¡Oh brisa callada!,
¡oh paso de Inmenso...!:
arrullos sagrados,
conciertos de Cielo...;

melodías dulces
en tenues acentos...,
finuras profundas,
recóndito ensueño...;

trasuntos callados,
nostalgia en misterio...;
espera incansable,
arrullos en fuego...;

armonías suaves,
peticiones quedo...,
silencios de Gloria...,
trasuntos de Cielo...

¡Oh, lo que yo oprimo
en los sabores
y en el regustar
que en mi pecho tengo...!

¡Es Dios mismo en brisa,
en paso secreto,

en arrullo dulce,
en contacto interno!

¡Oh, lo que yo encierro
en mis cautiverios
cuando Dios se posa
dentro de mi seno...! ».

6-2-1973

¡Misterios entre Dios y el alma, entre la criatura y el Creador, entre el Todo y la nada...! Pero misterios de amor que traspasan al espíritu con las flechas que, como saetas, siendo sacadas de las aljabas del Infinito Ser, son penetración de sabiduría amorosa para la esposa del Espíritu Santo.

Y estos «pasos» del Seyente en el misterio de su pasar, besar y posarse, que son diversísimos en sus modos, maneras y estilos; son siempre comunicación de espíritu a espíritu en sabiduría sabida amorosamente, que va enseñando a la esposa el decir, en obrar misterioso, de su divinal Consorte...

Es el Espíritu Santo también, con el beso de su boca, con la penetración de su dardo, el que, no sólo obra la unión entre Dios y el alma en estos diversos modos de irla cauterizando, engalanando, enjoyando y hermoheando en las fiestas que ella apercibe en su interior y vive en disfrute familiar con las divinas Personas; sino que el mismo Espíritu Santo va fecundizando al *alma-Iglesia*, según el plan de Dios y

sus infinitos y eternos designios sobre ella dentro de la misma Iglesia...

Por lo que, en la brisa de su vuelo y en la flecha penetrante de su amor, la fecundiza, introduciéndole en su interior a las almas que Él, por un designio de su infinita voluntad, quiere unir, en un misterio de compenetración, para la gloria del mismo Amor Eterno.

« Aleteos del Dios vivo
oigo en la hondura del pecho,
al pasar quedo y besando
en romances de misterio.

Escuché al Silencio en vida
respirando en sus adentros,
para decirse en su serse,
en cantares de amor bueno.

¡Silencio!, hijos; Dios besa,
y el Verbo rompe en concierto,
expresando sin palabras
los manantiales eternos.

¡Silencio!, que Dios pronuncia
su Palabra, sin conceptos,
en un decir que es ser Padre
en fruto de engendramiento.

¡Cómo dice su Palabra
el Padre en su ocultamiento...!
Tanto, que es Hijo infinito,
consustancial y coeterno,

el Fruto de ese decir,
en amor tan sempiterno,

que, de tanto amarse Dios
 en la entraña de su seno,
 surge un Amor personal
 en consustancial misterio;
 surge el Espíritu Santo,
 que es llama, en lengua de fuego.

Escuchad, hijos, Dios pasa;
 yo apercibo su aleteo;
 haced silencio en la hondura;
 ¡ya sabéis cuán bueno es eso!

¡Silencio!, Dios está cerca
 en un pasar de cauterio
 que, mientras más da, más pide,
 pues amores son sus celos.

Escuchad, hijos, Dios pasa;
 responded y haced silencio,
 que yo siento su mirada
 y apercibo su aleteo.

¿Qué importan ya las distancias?
 vuestra alma está en mi centro,
 porque el amor del Dios vivo
 me las incrusta en el pecho.

Escuchad, que Dios os besa;
 responded y haced silencio,
 porque nostalgia es amar,
 y amar es comprendimiento ».

13-2-1975

¡Bien sabe el alma que ha escuchado la conversación infinita de Dios en Él, por Él y para

Él, y conoce su habla en la diversidad de dones y modos de obrar, lo que el mismo Dios le va diciendo, imprimiéndose en ella, en la diversidad de sus modos de ser y de obrar en la médula del espíritu...!

Por eso, ¡qué tortura cuando ha de expresar las maneras increadas del actuar divino, con formas y palabras, sin que queden profanados estos «pasos» de Dios bajo la expresión de conceptos humanos...!

Y así, sólo en el silencio de su interior, el alma se goza, sabiendo la conversación infinita del Eterno Ser obrándose en ella según su modo personal y peculiar de actuar, y obrando en ella la realización de sus planes según su infinito querer en su coeterna voluntad.

¡Pobrecita alma acostumbrada a vivir del Infinito frente al mismo Infinito..., a percibir el latido de su corazón..., el palpitar de su pecho, el respirar de su vida y el misterio de su realidad...!

¡Pobrecita...!, pues, habiendo escuchado la Conversación infinita en su ser y en su obrar, sabe el Decir de Dios en sí mismo y en comunicación explicativa en lo profundo de la médula de su espíritu...

¡Pobrecita criatura que, penetrando el decir de los diversos toques de Dios en explicación de sabiduría sabrosa y en comprensión de penetración intuitiva; y entendiendo, viendo y penetrando el misterio de la Eternidad, de la Infinitud, e incluso habiendo penetrado y saborea-

do el de la Subsistencia divina y coeterna; tiene que valerse de su pequeñito y pobre modo de ser para decir al Ser en su ser hacia dentro y al Ser en su obrar hacia fuera...!

Cada palabra de Dios pronunciada en el espíritu es un dardo de amor que, en cauterización aguda y taladrante, traspasa de parte a parte en la comunicación de su candente, infinita y eterna sabiduría...

Y cuando la sabiduría de Dios se manifiesta en voluntad, introduciéndose con la agudeza penetrativa del dardo candente de su habla en petición dentro del alma, e impulsándola irresistiblemente a la realización de su deseo; ésta, al sentirse impelida por la fuerza divina, se lanza a realizar todo cuanto, imprimiéndose en ella por el paso de Dios, el mismo Dios le pide con relación a ella misma o a los demás.

« ¿Por qué pones cuanto quieres en el fondo de mi pecho, como carbón encendido de cauterizante anhelo...? »

¿Por qué tu obrar es decirme conversaciones de Inmenso con improntas de quehaceres que yo he de cumplirte presto...? »

¡Hirientes son tus palabras, cual grabaciones a fuego, que me imprimen lentamente tus infinitos deseos!

Tu querer es en mi hondura profundo como los celos; y, aunque intente resistirme, tu amor doblega mi empeño,

por ser cuanto Tú me pides tan constante como el Cielo, que no cambia en cuanto busca, al ser tu decir eterno.

¡Inútil que me resista; tu Palabra es como fuego! ».

25-11-1974

¡Yo quiero, mi Señor, escuchar tus infinitas conversaciones en Ti y en mí..., aperebir el palpitar de tu pecho en Ti y en mí..., que es conversación comunicativa de amor eterno!

¡Y quiero, mi Señor, escuchar en mis ratos de Sagrario a tu Verbo Infinito, entre velos, en esta sublime y celestial manera en que Tú te has querido comunicar a los hombres...!

Pues también, de este modo, el Verbo Encarnado se nos da en perpetuidad de amor, bajo las especies sacramentales del pan y del vino, en las diversidades de su decir inagotable. Ya que sus sabores, sus frutos y sus captaciones, por parte del alma, son recepción del mismo Infinito.

Porque es Dios quien le habla –pues en el sagrario está el Ser–, y ella bien lo aperebir...; ¡pero el mismo Dios hecho hombre y oculto en el misterio de la Eucaristía...!

Por lo que también se apercibe el respirar de Cristo en el sagrario, el recrujir del latido –sin latido– de su corazón y el sonido de su voz, distintos y distantes de todos los latidos, las respiraciones y las hablas de los hombres; porque es la penetración de su sabiduría divina que, con el matiz de Dios-Hombre, se nos dice y se nos da con corazón de Padre y amor de Espíritu Santo...

Yo conozco la mirada de Jesús sin haber visto sus ojos; ¡y no lo necesito para saber cómo mira!

Yo conozco su tristeza y su sonrisa cargada de misterio, de amor y de entrega.

Apercibo la petición de su sed sedienta, y el taladro profundo de la herida de su corazón sangrante de amor por los hombres.

Sé cuanto Él me quiere decir en enseñanza, en petición o en donación, exigiéndome mi entrega. Y nunca escuché con mis sentidos el eco de su voz, ni contemplé su mirada... ¡Pero no lo necesito para saber su mirar y su decir en conversación divina y eterna de amor infinito a los hombres!

Él me mira..., yo le miro...; y, en su donación de entrega y en mi respuesta de adoración, todo queda dicho bajo la brisa silenciosa y deleitable del Espíritu Santo en el arrullo misterioso del silencio del sagrario...

Porque la mirada serena de Jesús es punzante con la agudeza del dardo de amor que, saliendo del pecho de Dios, revienta por su mi-

rar de profunda penetración, incrustándose en la médula del ser.

« Cuando te miro, Jesús,
el Infinito es quien habla,
rompiendo en sabiduría
por tu profunda mirada.

Pues son tus ojos sapientes,
¡tanto! que, para mi alma,
dicen Eterno Seyente
en sapiental enseñanza.

Cuando te miro, yo veo,
tras las lumbres que te abrasan,
la Eterna Sabiduría
fluyendo por tu mirada.

Por los ojos de Jesús
Dios mismo rompe en Palabra,
diciéndose al alma amante,
que, trascendida, le capta.

Yo no sé su colorido,
pues nunca vi su mirada
como se ve aquí en la tierra
con percepciones humanas.

Pero sé cómo Dios mira
desde su excelsa atalaya
por los ojos de Jesús
en sapiental llamarada.

Por eso, cuando le miro
en sus pupilas sagradas,
es el Seyente infinito
quien se me dice en Palabra.

¡Todo lo encierra Jesús
en su profunda mirada! »
4-9-1975

El hablar de Dios es obrar lo que dice en la hondura del espíritu en sabiduría de aguda penetración. Dios habla sin palabras, y por eso el Verbo es pronunciado por el Padre en un silencioso y consustancial Dicho de ser.

La Eternidad es comunicación de todos los Bienaventurados con Dios y entre sí sin palabras y sin conceptos; ya que, penetrados por la sabiduría divina, rompen en un saboreo de explicativa comunicación amorosa.

Y el *alma-Iglesia* que vive de fe, llena de esperanza y encendida en las llamas candentes y deleitables del Espíritu Santo; en lo recóndito de su corazón, donde mora Dios en secreto de misterio, y en saboreo de amorosa comunicación en intimidad con el Dios del Sacramento, junto a los pies del sagrario; escucha conversaciones eternas ante la cercanía en paso del Infinito en divinos silencios..., que la lanza, llena de esperanza, en su búsqueda incansable hacia el encuentro del que ama.

Mi alma sabe también el decir de María Virgen y Madre por y en el misterio de la Encarnación en la cercanía de su maternidad, en el arrullo de su caricia, en la brillantez de su majestad, en la blancura de su virginidad...

Porque María es expresión del Infinito en reverbación del Eterno; siendo Ella por la que se nos descubre, se nos da y se nos manifiesta el misterio de la Encarnación, obrado en sus entrañas por el toque amoroso, consustancial, divino y trascendente, del virginal besar del Espíritu Santo.

Yo conozco el «decir» de María cuando, en el saboreo de su cercanía, sin pronunciar palabras, me dice: Maternidad divina..., corazón de Madre..., señorío y virginidad; cuando me dice amparo y protección; cuando me acaricia en su pecho, llevándome con ternura indecible y con abrazo maternal a su corazón.

Es María la que a mí se inclinó el 25 de marzo de 1962 y, sin nada pronunciar, me lo dijo todo con la infusión fortalecedora de su contacto maternal y amoroso:

« VIRGEN, MADRE, REINA Y SEÑORA...

(Fragmentos)

¡Era blanca la Señora...!,
¡aquella que vi aquel día,
cual centelleos de gloria,
de majestad tan divina,
que reflejaba al Inmenso
en su infinita armonía...!

¡A mí vino y se acercó...!
¡En blancura relucía...!
¡Era tan blanca...!, ¡tan blanca...!,
que su blancura decía,

del modo que puede hacerlo
criatura tan sencilla,
la infinita excelsitud
de trascendencia divina
en resplandores de gloria,
donde Dios vive su vida.

¡Qué señorío encerraba
su blancura cristalina,
reflejo del Sol eterno
en sustancial compañía...!

¡Y yo la he visto en la tierra...!,
mas no con estas pupilas
con que se ven aquí abajo
las cositas de esta vida;
siendo los ojos del alma
los que en mis honduras miran,
y con los cuales Dios quiere
que me introduzca en su vida.

Nada dijo con palabras,
con su presencia, María;
pero todo quedó dicho
a mi alma dolorida
con la dulce protección
que la Virgen me ofrecía.

¡Era Virgen...!, ¡era Madre...!,
¡era Reina en su armonía...!
Todo esto en mí imprimió
en honda sabiduría,
porque la vi con los ojos
que, en mi alma, yo tenía.

¡Un veinticinco de Marzo...!
¡Cómo olvidaré aquel día!,

cuando llegué a comprender
que Dios mismo me decía,
en el corazón sencillo
de su Madre y de la mía,
con dulce maternidad,
el modo en que Él quería
a esta pobre "Trinidad"
que, Él en la tierra tenía...

¿Era Dios, o era la Virgen...?
¡Era Él que me decía
en el pecho de su Madre
todo cuanto me quería...!;
¡y me quiso acariciar,
como mi Jesús lo hacía
día a día en el sagrario,
cuando en su pecho ponía
mi cabecita pequeña,
porque niña me sentía
cuando a Jesús me acercaba
presente en la Eucaristía...!

¡Era blanca...!, ¡era Madre...!;
¡qué fulgores envolvían
su excelsa maternidad
en virginidad sumida...!

Por eso quedó en mi alma
la figura de María
impresa con tanta luz,
que, sin palabras, decía
la eterna Virginidad
que el Excelso en sí tenía,
siéndosela en sus adentros
por sí y en sí poseída

en rompientes cataratas
de paternidad divina.

¡Un veinticinco de Marzo...!,
¡sublime y terrible día...!
que dejó por siempre impresa,
en mi alma dolorida,
la figura de la Virgen,
tan Reina y enaltecida,
tan reluciente y tan pura
como el sol del mediodía ».

30-4-1993

Y cuando Dios me muestra a la Iglesia en su realidad tan divina como humana; ante la hermosura de su rostro y su llenura de Divinidad, mi alma, penetrada e inundada por la fuerza y el impulso del Espíritu Santo, la proclama en un delirio de amor, rompiendo en melódicas y poéticas canciones, arrebatada y subyugada por la belleza de su rostro, lleno de santidad, juventud y divina hermosura, capaz de hacer enloquecer de amor al mismo Dios por la Nueva, Universal, Eterna y Celestial Jerusalén.

¡Iglesia mía!, ¡qué hermosa eres...!, ¡cuánto te amo!

Mas, cuando la Nueva Sión aparece ante mi mirada espiritual vestida de negro, tirada en tierra y llorosa, jadeante y encorvada, cubriendo sus ricas joyas con un manto de luto, y con sus entrañas desgarradas; pidiéndome ayuda a mí, la más pequeña, última, miserable y pobre de las hijas de esta Santa Madre;

gimo con gemidos que son inenarrables por el Espíritu Santo con mi lamento estremecido por el penar de la Hija de Sión:

¡Ayudadme a ayudar a la Iglesia!, que, cual torre fortificada, ¡fuerte, invencible, incorruptible, inmovible!, derramándose desde la altura de su grandeza a la pequeñez diminuta de mi nada, como el «ungüento que cae desde la cabeza de Aarón, derramándose hasta la orla de sus vestiduras»², me empapa y me penetra de la repletura de su divinidad y el lloriquear de su llanto jadeante y dolorido.

« Porque la Iglesia está herida
y sus penares me cuenta,
me desplomo enamorada
en donaciones secretas.

Agonía de mi Esposo,
¡hunde en mi pecho tu queja!,
que yo buscaré, en mis modos,
consuelo para tus penas.

Cristo..., Iglesia dolorida...,
llanto de gran trascendencia...,
pues, si la Iglesia está herida,
¿qué sentirá su Cabeza?

Cristo bendito del Padre,
¡recibe así nuestra ofrenda
por la gloria de tu Nombre
y de tu Esposa, la Iglesia! ».

3-2-1976

² Cfr. Sal 132, 2.

Y mi alma, sin nada ver, sin nada oír con los sentidos del cuerpo, la contempla con los ojos del espíritu en la diversidad de maneras que Dios se digna mostrármela; quedando grabada en mi espíritu con más seguridad, con más certeza, que todo lo que se pueda ver o escuchar con los sentidos corporales.

Ya que las captaciones del alma son como infinitamente distintas y distantes de las percepciones de acá por los sentidos del cuerpo, sólo acostumbrados a percibir las cosas terrenas; mientras que el espíritu, ilustrado e iluminado por la sapiencia del Eterno, sobrepasa todo entender, comprender y discurrir.

Por eso, dame, Señor, tu pensamiento para conocerte, tu Palabra para expresarte y tu Amor para amarte; y así podré realizar, bajo la luz del Espíritu Santo y la fuerza que me invade, tu mandato inscrito en mi alma y grabado, lacrado y sellado como a fuego en lo más profundo de mi corazón:

«¡Vete y dilo...!»; «¡Esto es para todos...!».

¡Ya no necesita mi *alma-Iglesia* –después de tantos años de contactos amorosos en mis largos y prolongados ratos de oración– de conversaciones creadas, ni de medios humanos para saber a Dios en mi saboreo de vida silenciosa...!

¡Ya, entre la criatura y el Creador, Dios obró un misterio de intercomunicación tan perfecta,

que, introduciéndonos donde Él, nos hizo captarle en su sabiduría comunicativa por la participación de nuestra naturaleza humana en su misma naturaleza divina!

Yo sé lo que Dios me dice porque conozco su voz y el arrullo de su paso entre millares pasando; y, en la brisa de su vuelo, apercibo el actuar de su ser en las entrañas de mi espíritu, sabiendo lo que me quiso decir en la suavidad sonora de su pasar, en un decir que fue obrado en mí por el beso de su Boca con el toque de su divinidad; como la manifestación del poderío de Yahvé, encendido en celos por la gloria de su Nombre, en petición candente que exige reparación ante su Santidad infinita ofendida.

Yo sé el hablar de Cristo en el sagrario, tras el silencio dulce de la Eucaristía, y la conversación maternal de Nuestra Señora toda Blanca de la Encarnación cobijando mi alma en su regazo amoroso; como la canción de la Santa Madre Iglesia, Esposa inmaculada del Cordero, en su esplendor lleno de santidad y refulgente de hermosura, y el lamento desgarrador de su pena dolorida taladrando las entrañas de mi alma en la hondura de mi pecho.

Pero lo que no sé decir a los demás es cómo son estas «conversaciones» comunicativas entre Dios y mi alma, porque no cabe en la palabra humana la actuación infinita del Eterno Ser...

Por eso, el descanso de mi vida se remansa silenciosamente en mi postura sacerdotal, que, postrándome en adoración reverente, me hace recibir a Dios; y, respondiéndole, reparar su Santidad infinita ultrajada y ofendida y comunicarle a los demás en descanso de amor; retornándome, en mi misión universal, con los hombres de todos los tiempos que han sido, son y serán, ante el Infinito Ser como un himno de alabanza y de gloria que se goza en que Dios se sea en sí, por sí y para sí, todo cuanto puede ser, sido, disfrutado y poseído, en Conversación infinita en rompiente eterna de fluyente felicidad.

« De mis ratos de Sagrario
quise decir el misterio;
quise explicar de algún modo
el palpitar de mi pecho,
cuando siento quedamente
al Eterno en mis adentros.

Quise explicar sin palabras
los besares del Inmenso,
los toques del Infinito,
el teclear del Silencio.

Quise romper, como fuera,
lo que bullía en mi pecho,
¡y sólo logré quedarme
en tan hiriente cauterio,
que me sangran las entrañas
en la hondura misteriosa de mi seno!

Mientras más digo, más sufro,
pero callarme no puedo

en mi decir sin palabras,
en mi clamar sin conceptos,
en mi adorar lo que vivo
por descorrer mis secretos.

Si callo, rompo en clamores
en mi misión como Eco
de mi Madre Iglesia en fiesta,
de mi Madre Iglesia en duelo;
pero, si hablo, profano
la hondura de mi misterio.

Por eso, no sé qué hacer
cuando me cerca el Eterno,
cuando me invaden sus voces
diciéndome sus misterios;
ya que todo me es más tortura
por la brisa de su fuego.

¿Cómo callar sin decir
los ardores del Excelso,
cuando, en arrullos de amores,
con la brisa de su vuelo,
deja sentir el sonido
de su vibrante concierto?

Y ¿cómo hablar, si interrumpo
los coloquios del Eterno,
si profano, de algún modo,
lo que hay en mis adentros?

¡Qué duro me es vivir
cuando todo me es tormento;
porque, cuando tengo a Dios,
sé que pronto he de perderlo

por la extrañez de su paso
mientras viva en el destierro...!

Quise decir de algún modo
la hondura de mi secreto,
cuando Dios se hace sentir
en besares de misterio;
pero no tengo palabras
por la impotencia que siento.

Por eso, por más que diga,
no he conseguido mi intento,
¡y me quedé sin decir
los pasares en posares
y besares del Inmenso! ».

20-12-1971

2-4-1972

LAS VOCES DEL SILENCIO QUE EN EL SILENCIO HABLA

Cuando, silenciada, el alma apercibe la voz
del Eterno, rompe, en sus clamores, en brisa
callada y en llamas de fuego, el silencio.

El silencio habla como en melodías de te-
nues conciertos... El silencio habla en su rete-
ñir sonoro y secreto, en misterio.

Es algo profundo lo que escucha el alma,
que a decir no acierto, cuando, trascendida, oye
en la oración las voces del Verbo en silencio.

Nada explica tanto el habla de Dios, como
este misterio de nada decir que, en sus teclae-
res, contiene el silencio en concierto.

Es conversaciones..., melodías dulces en bri-
sas de fuego..., eternos romances..., palabras
inéditas..., voces de cauterio, en secreto;

algo que se escapa..., algo que es tan gran-
de envuelto entre velos, que es decir de Dios,
silente y sagrado, que es el mismo Inmenso en
sus fuegos.

¡Oh si yo lograra expresar las voces que opri-
mo en mi pecho...!, que vienen y van, cuando
el alma logra quedarse en silencio, muy quedo.

Tres clases de silencio se aperciben, en saboreo sagrado de eterno misterio, allí en lo profundo del espíritu, en el contacto interior, sacrosanto y silenciado del alma con Dios, y en los ratos de sagrario, ahondada en el misterio del Señor del Sacramento que se oculta, silenciado tras las noches del misterio, esperando por si alguno viene a verle.

Uno –silencio de bienestar, de saboreo, de dulzura, de paz, de enajenación–, el que experimenta el alma que, saboreando de alguna manera la cercanía del Eterno, busca, llevada por el deseo suave y silencioso que apercibe en su interior, la soledad;

en la cual descansa amorosa, reposando en la cercanía del que ama; como reclinada en el pecho de Jesús que la espera incansable para que, tras la búsqueda del que se lanza a su encuentro, aperciba su presencia deleitable, sabrosa y silenciosa, que de alguna manera le habla, en el misterio de la cercanía de Jesús, tan silenciosa y sobrenaturalmente que, sin saber cómo es, es separación de las cosas de acá y unión sapientalmente amorosa y comunicativa del espíritu con el Dios del Sacramento.

El que busca a Dios tras las puertas del sagrario o en el recóndito de su corazón, perseverante, le encuentra en un descanso de paz y un saboreo secreto y deleitable que le hace descansar, sin nada saber, sin nada querer, sin nada buscar y sin nada escuchar, bajo la sapiencia suave y sabrosa de algo sobrenatural que hace reposar el espíritu en un regustito de silencio

silenciado que por ninguna cosa de este mundo quisiera perder.

Por lo que, quietecita, descansa en un saboreo que es vida, cercanía del Amado; quedándose como trascendida en aquello que sólo apercibe y lo sabrá expresar el que, junto a los pies del sagrario o en lo recóndito y profundo de su interior, sabe algo, en paladeo amoroso, de la cercanía del Bien buscado y hallado, en el secreto misterioso del arcano recóndito del espíritu: «Llevaré al alma a la soledad y allí hablaré a su corazón»¹.

A la soledad de las cosas de acá, y a la búsqueda del encuentro con Dios que nos espera incansable, bajo las especies sacramentales, hecho Pan por amor, siglo tras siglo, sin cansarse, tras las puertas del sagrario, por si alguno viene a verle para estar con Él en coloquios de amor, en dulce e íntima compañía amorosa.

Por lo que hay que buscar ratos para estar en el sagrario en silencio. Y junto a Jesús, en espera amorosa, pacífica, silenciosa y paulatinamente se va experimentando de una manera secreta, pero profunda y silenciada, la cercanía del Dios vivo, viviente y palpitante, que dice a nuestro corazón: «Y sabed que Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo»².

A Jesús le gusta ser buscado por los que ama, para manifestarles su secreto de amor tras las notas silenciadas de la brisa callada del silencio.

¹ Os 2, 16.

² Mt 28, 20.

« Cercana lejanía...,
nostalgia del Eterno...,
dulce melancolía
de Dios...

Horas largas de espera
me llaman al silencio,
donde el Amor de amores
me amó.

Misterios del Sagrario
que el alma amante intuye,
en días silenciosos
de Sol...

¡Lumbrera de mis ojos!,
¡fuego de mis volcanes!,
¡aurora de mi vida
en calor...!

Corro buscando ansiosa
el término seguro
que replete en mis luchas
mi don.

Secreta es mi carrera
en busca del Amor ».
5-1-1974

Tras este silencio, vivido en la intimidad con Jesús en la Eucaristía o por la presencia de Dios en lo recóndito e íntimo de nuestro corazón, donde el *alma-Iglesia* por la gracia, mediante su vida de fe, participa del misterio de Dios en su Trinidad de Personas morando en ella y comunicándosele en participación de vida amo-

rosa, bajo el arrullo silencioso y sacrosanto del Espíritu Santo;

perseverante en la búsqueda del Dios de su corazón, queda y paulatinamente, va siendo introducida, y como trascendida, en otro silencio que no es de acá; que, más que silencio, es un rumor silencioso..., profundo... que es trasunto de tenues conciertos que llenan al alma de recogimiento, sintiéndose cerca del Amor Eterno, mas sin poseerle del modo certero que lo necesita el amor en vuelo, en la cámara nupcial del Infinito Ser, ahondada y penetrada en su silencio sagrado.

El silencio de las cosas de acá pone al alma en contacto con Dios; y este silencio interior la llena de vida y la hace capaz de escuchar al Verbo, de recibirle, de captarle, de apercebir su conversación, de gustar su misterio, de alimentarse en su gozo, en su vida, en su perfección y en su secreto...

Y ¡qué profundidad tan maravillosa, tan secreta, tan tierna, tan misteriosa, tan saboreable, tan cercana, y al mismo tiempo tan distante y tan distinta del silencio de las cosas creadas, tiene este silencio, que, en su modo creado, nos pone en contacto con el Increado y es habla de Dios de espíritu a espíritu...!

« *¿Qué tiene el silencio,*
en las melodías
de sus notas dulces,
que habla de Inmenso...?

¿Qué tiene el silencio,
que invita a adorar,
toda trascendida,
ante su misterio...?

¿Qué tiene el silencio,
que hierde en el alma
y la deja ungida
en brisas de Cielo?

¿Qué tiene el silencio,
que impregna, en su don,
todo lo que es vida
con su roce quedo...?

¿Qué tiene el silencio,
que habla de Dios
sólo en el rozar
de su tenue beso?

¿Qué tiene el silencio,
que, sin decir nada,
con su brisa honda
me habla de Eterno?

¿Qué tiene el silencio...?
¿Qué tienen sus notas...?
¿Qué tienen sus brisas...?
¿Qué tienen sus fuegos...? ».

22-4-1972

Y hay un tercer silencio que es distinto y distante de todo lo de acá, porque es cercanía del que Es en posesión del misterio del Eterno, y que sumerge al espíritu y lo silencia en el Misterio infinito de su profundidad. Y allí, den-

tro de aquella hondura, le hace escuchar conversaciones en voces eternas del Ser.

Conversaciones que no son palabras, sino que es sabiduría sabrosa de silencio secreto. Pero una sabiduría tan subida y silenciosa y un silencio tan sabroso, que el alma sabe saboreable y deleitablemente –sin saber– cómo no es precisamente que esté saboreando la dulzura del silencio de acá, aunque sea espiritual, sino que está sumergida y embriagada en la posesión del Silencio que es Dios; que, en claustrales requiebros, son voces de fuego que comunican al espíritu algo tan misterioso, tan inédito, tan hondo y tan secreto, que sólo el Infinito Silencio sabe decir en la conversación sabrosa de sus voces...

Porque el Silencio que es Dios, ¡son voces!; voces de sabiduría en concierto de paz y en romance de amor; voces de vida eterna; voces que el espíritu abierto comprende que son melodía en cercanía de Eternidad...; melodía de Eternidad que son comunicación del Eterno y manifestación de sus atributos y perfecciones en sabiduría sabrosa de divino y consustancial Silencio.

« Cuando Dios me ahonda dentro de las voces que encierra el Silencio, quedo sumergida en lo más profundo de su ocultamiento;

y allí, sin palabras, respondo en mi estilo del modo que puedo,

sin nada decir con frases terrenas
de cuanto comprendo.
¡Secretos profundos de la voz eterna
del Verbo en mi pecho...!
¡Ay, cuánto descubro dentro de la hondura
que oprimo en mi seno...!:

Son voces claustrales, melodías dulces
de eternos conciertos...,
sonoros amores del Ser en mi alma,
con tiernos acentos...

¡Es tanto y tan dulce, tan enamorado
lo que yo contengo!,
que el Silencio rompe en hablas sagradas,
dentro, en mis cauterios.

¡Qué dulce!, ¡qué hondo,
qué tierno y secreto
es gustar las voces
que encierra el Silencio! ».

13-3-1975

Una cosa es sentir el silencio de la creación que, con su voz inanimada, nos habla del Inmenso o la dulzura del silencio espiritual, con su paz, su gozo, su trascendencia en nuestros ratos de oración o en el silencio del espíritu; y otra sentirse introducida en Dios, que es el eterno, consustancial, subsistente y divino Silencio. Es como un salto de lo creado al Increado, de la criatura al Creador, de lo humano a lo divino.

Es verdad que, ante la cercanía de Dios, el alma, de una u otra manera, es introducida en

el silencio más o menos sobrenatural, o más o menos trascendente; llevada por Él a la separación de las cosas de acá y sumergida en la embriaguez del gozo sapiental de su cercanía.

Pero ¿qué tiene que ver con lo que se experimenta cuando Dios se hace vivir en el atributo del silencio, el cual, rompiendo en voces de comunicación, deletrea en silbo delgado la sabiduría sabrosa de sus infinitos atributos y perfecciones...?!

Ya que, cuando el alma, levantada de todo lo de acá y sumergida en el silencio sacrosanto del Ser, se siente introducir en el Silencio y atraída por él; conforme se va adentrando, apercebe en la hondura del espíritu un teclear de inéditos conciertos, en una profundidad y en un «algo» fino y delicado; ¡tan dentro, tan secreto y sobrenatural!, que se experimenta en la hondura honda del silencio callado del espíritu.

Y se descubre allí, en lo recóndito del ser, allí dentro, ¡dentro...!; de tal forma que todos los ruidos, los pensamientos y las imaginaciones que pudieran venir, todo lo que sea distinto y distante de esa percepción que se está experimentando en lo profundo del Coeterno Seyente en su consustancial silencio, ¡todo, todo! le sabe al alma a rotura e impedimento de aquello que está viviendo en lo más interior y lacrado de su espíritu.

Cuando el alma, en su silencio, se pone en contacto directo con Dios, de espíritu a espíritu, todos los ruidos de la tierra parece que au-

mentan al sentir el toque del Eterno Silencio que la va introduciendo lentamente, levantándola de todo lo de acá con la brisa de su paso y el roce de su vuelo, sabroso y deleitable, en ese saboreo delgado que la pone en unión directa con el mismo Dios.

Pareciendo a quien esto vive como si experimentara la separación del alma y del cuerpo; tomando todos los ruidos externos unas dimensiones terribles, y siendo todas las cosas como un choque fuertísimo que le repercuten dolorosamente en la médula del ser.

¡Qué martirio sufre mi espíritu ante el contacto con Dios en silencio, y ante su fuerza que me impulsa irresistible y desgarradamente a decir lo que tengo en mí y la lucha de no saber exponerlo...!

« En el silencio te busco,
en el silencio te encuentro,
en el silencio te vivo,
y en sed de silencio muero.

Nada hay que diga tanto
como la voz del silencio,
donde el mismo Dios se dice
en silencioso misterio.

Cuando penetro en la hondura
del silencio de mi Verbo,
escucho cómo Dios habla
en beso de Coeterno.

Dios es Silencio infinito
que, en silencio, va diciendo

su silenciosa Palabra
en silentes aleteos;

aleteos de amor puro
en su besar de concierto.

Dios es Silencio divino...
Hijos, ¡qué profundo es esto!

Silencio, en la Eucaristía,
silencio, en los altos cielos,
silencio, dentro del alma,
silencio, al arder el fuego...

porque Silencio, en su vida,
es el Seyente Coeterno ».

13-2-1975

Tres clases de silencio conoce mi ser, los dos primeros son preludio del tercero y preparación para él, pero como infinitamente distintos y distantes.

Para ser introducida en el Silencio del Ser es necesario que el alma haya sido anteriormente poseída y robada totalmente, en enajenación y pérdida de todo lo de acá, por el silencio sabroso que la cercanía del paso de Dios infunde en el espíritu.

Tras este silencio, el Amor Infinito coge a la esposa del Espíritu Santo y, adentrándola en su seno, le hace pasar del silencio espiritual al abismo insondable de su serse Silencio. Y allí, en la hondura honda de su misterio, en vida de Eternidad, le dice, en la conversación de su infinita Sabiduría, su serse, en melodías eternas de infinitos y coeternos conciertos.

Y cuando, abismada y poseída por el silencio en la cercanía de la posesión del Subsistente Ser, infinito y eterno, empieza a experimentar que éste no es el silencio que necesita, a pesar de serle tan profundamente saboreable; entonces es cuando está siendo preparada por Dios para ser introducida en la cámara nupcial, recóndita y sellada, de su Silencio sagrado.

Y apercibe como si se abrieran unos portones que separan a todo lo de acá del Infinito; y que, sin saber cómo, en un instante de silencio indescriptible y en un vuelo de misteriosa trascendencia, es introducida e internada en el Silencio del Ser, dejando como infinitamente distantes los silencios que, para ella, fueron camino certero y seguro que la llevó hasta la puerta suntuosa del eterno e infinito Silencio que es Dios.

Y una vez introducida en aquella hondura profunda, experimenta que, tras ella, se le cerró la puerta, y que existe un abismo de separación entre el silencio creado y el increado, como podría existir entre la vida y la muerte, entre la tierra y el Cielo, entre el Todo y la nada, entre la criatura y el Creador; pasando a vivir, por el silencio de acá, al Silencio infinito que es Dios en su ser, en la conversación eterna de su subsistente y consustancial silencio, que son voces inéditas de divinales conciertos.

Hoy he comprendido y vivido, de una manera nueva, la separación completa y absoluta entre el silencio creado y el increado, entre los

silencios con minúscula y el Silencio con mayúscula que se es Dios, bajo las notas sacrosantas y silenciosas del misterio ante el paso de Dios en beso de Eterno.

Mi silencio es Dios en voces claustrales de eterno misterio. Y cuando mi alma entra en el volcán de su fuego eterno, gusta –de gustar– el néctar divino de su cautiverio. Y se siente presa, y se siente herida en su mismo centro, toda sumergida en la grieta honda del volcán abierto.

¡Todo es un martirio por ver que no digo eso que yo siento que el Silencio es, y que no se puede decir entre velos; eso que no sabe decir mi palabra con estas maneras, frases y conceptos, por más que lo intente con mi pobre acento!

Hoy he comprendido en un modo nuevo que el Silencio es Dios, en este silencio que apercibo yo cuando entro dentro.

Por fin hoy he roto con este misterio; pues, cuando decía que iba al silencio, siempre apercibía un hondo secreto que, en su trascendencia, me sabía a Eterno, sin que aún supiera su desciframiento... ¡Y es que mi Silencio no era de acá, era de los Cielos!

Y por eso sola vago en mi destierro, porque siempre llamo del modo que puedo, con mis expresiones, humano a lo eterno.

¡Mi Silencio es Dios...! Es voces de Cielo..., es conversaciones en concierto inédito que gusta mi alma cuando a mi Dios tengo...

Hoy he comprendido en un modo nuevo las profundidades de mis tres silencios: Uno que es descanso en paz de consuelo; otro cercanía del Dios de los Cielos; mas otro es claustrales voces del Eterno.

Los tres son sabrosos, los tres son muy buenos; unos son de acá, otro de los Cielos.

Uno lleva al otro. Uno se consigue a fuerza de esfuerzos; otro, que es toque de Dios, beso de cauterio, cercanía dulce, que remonta en vuelo al alma que busca en su reclamar, con su regustar, las lumbres del Cielo.

¡Mas el otro es Dios que habla en secreto, dentro, en la sustancia, de su gran misterio!; ¡es explicación en voces de fuego, comunicaciones en su mismo seno de los atributos que, en descubrimiento, Dios nos da de balde en dulces encuentros!; sin que el hombre sea capaz de tenerlo por las propias fuerzas de su valimiento y gustar el don del Silencio eterno.

Hoy he comprendido la gran diferencia que enseña el misterio. Hoy he comprendido, en un modo dulce y en un modo nuevo, que el Silencio es vida, ¡tanto!, que es eterno: es la Eternidad vivida en destierro.

6-12-1973

**ORAR ES AMAR.
LA ORACIÓN ES OMNIPOTENTE
PARA EL HIJO DE DIOS QUE,
SENTADO EN SUS RODILLAS,
CON CRISTO, POR ÉL Y EN ÉL,
BAJO EL IMPULSO
DEL ESPÍRITU SANTO
LLAMA A DIOS: PADRE**

Dios vive el misterio insondable y trascendente de su vida trinitaria en la plenitud apretada de su infinita perfección;

siendo y teniendo en sí, por sí y para sí, en su acto abarcado y coeterno de vida, todo cuanto infinitamente pudiera apetecer, ser y poseer; no necesitando nada fuera de sí para ser y tener cuanto es y cuanto tiene, porque es, en infinitud, todo lo que infinitamente puede ser;

y lo es, en su perfección coeterna de serlo, por infinitud infinita de perfecciones y atributos, y tiene cuanto puede tener; a pesar de poder ser y tener todo en subsistencia abarcada, divina, eterna e infinita.

El hombre es lo que Dios ha querido que sea, y tiene cuanto Dios gratuitamente ha que-

rido darle. Dios quiso crearle a su imagen y semejanza para que fuera expresión en reverberación de su infinita perfección, y para que le poseyera por gracia, participando de su misma naturaleza divina.

Todo lo que Dios es, en Él es realidad infinita, sida y poseída en adhesión coeterna a sí mismo. El hombre es imagen de Dios y le posee en la medida que a Él se adhiere.

Por lo que, para llenar la plenitud de su ser y de su obrar, la criatura, creada esencial y exclusivamente para poseer al infinito y sumo Bien, ha de tender irresistiblemente –y tiende aunque la mayoría de las veces sin saberlo– hacia Dios, único fin para el que fue creada, y único medio para llenar todas las exigencias y apetencias de su corazón;

«Como busca la cierva corrientes de agua, así mi alma te busca a Ti, Dios mío; tiene sed de Dios, del Dios vivo:

¿cuándo entraré a ver el rostro de Dios?»¹
para saciarme en las corrientes de sus eternos manantiales, ante la contemplación de la luz de su semblante...

Y cuando esto hace, vive en el encajamiento de su realidad, es feliz y da sentido perfecto a todo su ser y actuar.

Por lo que un hombre que no tiende hacia Dios, es un ser deforme en la creación, fuera de su centro y desencajado de su fin.

¹ Sal 41, 2-3.

Cuando el pecado nos separó de Dios y nos sacó de nuestro centro, lanzándonos por derroteros que nos alejaban del sumo y único Bien, Dios mismo, inclinándose en compasión misericordiosa hacia la miseria de nuestra ruindad, determinó, en un derroche infinito en derramamiento de amor hacia la humanidad caída, hacerse Hombre: Camino de luz que nos conduciría nuevamente a su Vida por medio de la Verdad que, como Palabra Infinita del Padre encarnada, nos manifestó en el amor coeterno del Espíritu Santo.

Y para que esto se convirtiera en realidad perfecta y acabada, nos injertó en Él, «como los sarmientos en la vid»²; haciéndonos una cosa consigo mismo, reencajándonos en su plan infinito para hacernos vivir en Él, por Él y con Él, en el acoplamiento perfecto de la voluntad divina, según su designio amoroso al crearnos.

Pero, al incorporarnos a su plan de Redención, quiso asociarnos a sí, de manera que su voluntad sobre nosotros se realizara por nuestra colaboración y adhesión a Él como sumo y único Bien.

Dios se nos da total e incondicionalmente, nos descubre y manifiesta por Cristo, a través de María y en el seno de la Santa Madre Iglesia, la realidad infinita y profunda de su ser y de su obrar, y nos pide nuestra respuesta libre y personal a la donación infinita y amorosa de su entrega.

² Cfr. Jn 15, 5.

Nos invita a seguirle, haciéndose Él mismo para nosotros el Camino sugestivo de la felicidad que nos conduce a su Vida. No nos obliga; su amor infinito nos invita generosamente a la plenitud de la posesión de su vida según nuestra capacidad, y exige nuestra colaboración en respuesta, para llegar a conseguirle como único fin, para el cual hemos sido creados.

Fue plan de Dios llevarnos a Él, al crearnos a su imagen y semejanza; es plan de Dios incorporararnos a Él por medio de la Redención; y es plan de Dios –que Él voluntariamente respeta– que su donación infinita sea recibida con y por nuestra colaboración; y por eso se nos da incondicionalmente, pero le recibimos en la medida en que nos abramos a su donación infinita y eterna.

Hijos de la Santa Madre Iglesia, Nueva, Universal y Celestial Jerusalén, miembros vivos y vivificantes del Cuerpo Místico de Cristo; ¡qué haría Dios en nosotros y con nosotros si nos abriéramos a su acción santificadora...! ¡Qué plenitud de vida y de felicidad la de nuestra posesión...! ¡Qué anchurosidades de horizontes se nos descubrirían en los torrenciales manantiales de las eternas Fuentes...!

Pero no todos nos saciaremos de las aguas del cristalino arroyo, sino el que se pone a recibir de sus infinitas corrientes y en la medida que se abre a los afluentes insondables e inagotables que brotan del Seno del Padre por el costado abierto de Cristo en derramamiento amoroso sobre la humanidad.

«El que beba del agua que Yo le daré no tendrá jamás sed, que el agua que Yo le dé se hará en él una fuente que salte hasta la vida eterna»³.

¡Cuánto tiene Dios preparado para nosotros, y, a veces, qué poco recibimos, por no saber o no querer prepararnos ante el paso de su amor eterno...!

Nos creó y nos redimió para que fuéramos semejantes a Él, y para que viviéramos en la compañía hogareña de su Familia Divina, pero por medio de nuestro «sí» de colaboración a su entrega amorosa.

¡Cuántas cosas quiere darnos...! ¡Cuántos bienes espirituales e incluso materiales que, por falta de entrega, colaboración y respuesta al derramamiento de sus dones y frutos, se quedan en el querer divino sin convertirse en realidad...!

«Todo cuanto pidieréis al Padre en mi nombre os lo concederé»⁴. ¡Todo! Dando tal fuerza a nuestra oración, que, por Cristo, en Él y con Él, bajo la fuerza y el impulso del Espíritu Santo, somos omnipotentes ante el Padre.

¿Por qué no conseguimos entonces casi nada? Porque no pedimos como debemos; y por eso la mayoría de las veces nuestra vida se hace infructuosa y nuestros ruegos estériles.

Ya que «si tuviéramos fe como un grano de mostaza, le diríamos a aquella montaña que viniera aquí, y vendría. Nada nos sería imposible»⁵.

³ Jn 4, 14.

⁴ Jn 15, 16.

⁵ Cfr. Mt 17, 20.

Dios tiene innumerables gracias pendientes y como colgadas de nuestras peticiones, ya que, al injertarnos en Él, nos dio un sacerdocio recibido de la plenitud del Sacerdocio de Cristo, capaz de arrancar los tesoros infinitos de su pecho, en derramamiento para todos los hombres; y, en el ejercicio peculiar de nuestro sacerdocio –oficial o místico–, nos hacemos fecundos y vitalizadores dentro de la Iglesia.

Sacerdocio real y misterioso que repleta nuestras vidas en la llenura de la posesión de Cristo, frente a Dios y frente a los hombres.

En la medida que tenemos a Dios, lo comunicamos y, por nuestro sacerdocio peculiar, vivido «entre el vestíbulo y el altar»⁶, le glorificamos y damos vida a las almas.

¡Qué manantial de gracias, de dones, de frutos y de riquezas tiene el Padre contenido en el volcán de su seno abierto, esperando de nuestra oración sencilla, cálida y familiar, para derramarse en frutos de vida eterna...!

¡Qué grande, qué omnipotente, qué poderoso es un hombre orando en postura sacerdotal a los pies del Sagrario...! Tanto que, ante él, el Cielo se abre para volcarse sobre la humanidad.

Éste es el misterio de la Eucaristía: la espera amorosa e incondicional del Amor Infinito buscando los corazones sencillos para entregárseles totalmente.

⁶ Jl 2, 17.

« *Horas de Sagrario* que son un encuentro con el alma herida en su caminar; encuentro amoroso del Amor que pide amor al que ama, sólo para amar...

Horas de Sagrario..., ratos de silencio..., peticiones dulces, tierna intimidad...; coloquios de amores..., relación de amigo..., manifestaciones de Divinidad...

Horas de Sagrario, melodías tenues en tierna añoranza que invita a adorar...

Dios está tan cerca, que el alma, en silencio, siente allí el latido de su respirar.

Horas de Sagrario..., horas de misterio..., ratos de presuntos en felicidad...; coloquios de Cielo, donde el hombre vive, con dulces acentos, en peregrinar, momentos sublimes en la Inmensidad...

Horas de Sagrario reclaman mis ansias, y hoy pido a las almas, tras mi reclamar, para que aperciban, en tiernos coloquios, los misterios hondos de la Eternidad.

Horas de Sagrario que son un abismo donde el hombre entra para contemplar el misterio inmenso del Dios escondido tras la forma humilde de un trozo de Pan.

Horas de Sagrario, en gritos de amores implora a las almas mi maternidad.

¡*Horas de Sagrario!*, hijos de mis ansias, que el Amor espera en sus días largos sin cansarse nunca, en tierno esperar...

*¡Horas de Sagrario que son un “trocito”
de la dicha eterna de la Eternidad...! ».*
9-5-1972

¡Qué grande es orar y qué pocos lo descubren...! Y por eso, cuántas gracias contenidas y cuánta voluntad divina sin cumplir entre los hombres.

Por lo que, en las épocas de la Iglesia en que los cristianos oran más, su irradiación apostólica es más sobrenatural, más segura, más extensiva, más fructífera, ya que todo cuanto pidamos al Padre en nombre de Jesús se nos concede. ¡En nombre de Jesús! O sea, según Jesús, según su plan eterno y sobrenatural, que ha querido asociarnos a su donación infinita para con nosotros mismos por medio de la oración. «Bajo el cielo no se nos ha dado otro nombre que pueda salvarnos»⁷.

Dios determinó, en su plan coeterno, darnos cuantas gracias necesitáramos en común y en privado en el seno de la Iglesia. Y las depositó en su seno de Madre y se nos comunican en dones y frutos del Espíritu Santo, en y por los Sacramentos, instituidos por Cristo y encomendados a los Apóstoles y sus Sucesores; pero quiso que fuéramos a buscarlas con espíritu contrito y corazón sincero. Por lo que, si no las buscamos, no las encontramos y las perdemos para siempre.

⁷ Hch 4, 12.

Quiso también concedernos todo cuanto le pidiéramos según su voluntad, y sometió a nuestra oración innumerables gracias y dones que le serían arrancados de su pecho bendito en la medida de nuestra petición.

Cuando no oramos, los perdemos. Y por eso, ¡cuántas gracias perdidas...!, ¡cuántas cosas que Dios quiere concedernos para nosotros y para los demás por medio de nuestra petición, y, por no pedírselas como debemos, no las alcanzamos...!

«Pedid y recibiréis; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá; porque quien pide recibe, y quien busca halla, y al que llama se le abre»⁸.

Yo hoy he comprendido de una manera como nueva, en una ráfaga luminosa y subyugante de luz y en una penetración aguda de esta verdad en mi entendimiento, que, cuando las cosas marchan mal es porque, al no volvernos a Dios, no hacemos como y lo que tenemos que hacer, por lo que no conseguimos lo que tenemos que conseguir; ya que, en la oración, no sólo se aprende lo que hay que hacer y se consigue lo que hay que conseguir, sino que se esclarece el entendimiento en el descubrimiento de los misterios de Dios y los planes eternos de su voluntad para todos y cada uno de nosotros.

¡Qué sencillamente he comprendido y con qué seguridad he visto el corazón infinito de

⁸ Lc 11, 9-10.

nuestro Padre lleno y rebosante de gracias, dones y frutos, esperando que le sean arrancados por nuestra petición sencilla, expansiva y amorosa para la llenura de nuestro ser y actuar, en relación con nosotros mismos y con los demás...!

«El que no se reservó a su propio Hijo, sino que lo entregó por nosotros, ¿cómo no nos dará todo con Él?»⁹.

A los pies del Sagrario es donde se aprende a ser lo que tenemos que ser y a hacer lo que tenemos que hacer. Ante las puertas del sagrario, «los Portones suntuosos de la Eternidad», donde se oculta el Dios vivo, «Luz de Luz y Figura de la sustancia del Padre»¹⁰, surge la vocación a la virginidad, al sacerdocio; florece la vida misionera y se llena de impulso nuestro corazón, de luz nuestro entendimiento, de amor nuestra voluntad y de fuerza nuestro actuar, para realizar los planes divinos con alegría y seguridad.

Por eso, cuando el hombre pierde su contacto con Dios, único fin para el cual fue creado, la oscuridad de la noche lo envuelve, deja de ser lo que tiene que ser, y, actuando en consecuencia, hace lo que no debe, o como no debe;

entonces, no surgen vocaciones, la vida misionera languidece, el humanismo se apodera de los corazones, el confusionismo nos invade y las concupiscencias nos arrastran y esclavizan.

⁹ Rm 8, 32.

¹⁰ Cfr. Heb 1, 3.

Porque ¿dónde encontrará la criatura el verdadero sentido de su ser y de su obrar con la auténtica sabiduría que ilumine su existencia, si pierde el contacto con el que es la Luz de sus ojos y el Camino de su peregrinar?

« Se hizo de noche y cayó el silencio, que envuelve en las notas de una inmolación, nostalgias sagradas cargadas de amores, que esperan serenas su victimación.

¡Qué importa que el mundo no entienda el misterio...!

Mi alma se goza en crucifixión, con un “sí” que exige todo, hasta la muerte, sin más recompensa que dar gloria a Dios.

Alabanza quiero ser del Infinito, descanso del Cristo que, en su petición, pone en las entrañas de mi pecho herido un hondo gemido, pidiéndome amor.

Diversas maneras busca el Dueño mío para recrearse con mi donación: requiebros de amores o penas calladas que son silenciadas por la incomprensión.

¡No importan los modos que en mi alma amante imprime el Eterno dentro en mi interior! Ahogada me siento por tantos penares, mas sé que mi Esposo es consolador.

Y por eso, siempre que vengo al sagrario, Él me besa quedo y, en su corazón,

escucho un lamento que ansía respuesta a la gran tragedia de su Redención.

Así he de escucharle en largas esperas, hasta que a Él le plazca mostrármese en sol, pues sus ojos siempre son lumbres de fuego, aunque la tristeza nuble su esplendor.

Por ello, el sagrario donde yo le espero es para mi vida, sellada por Dios, portones eternos que ocultan, tras velos, la gloria excelente del Seyente en don ».

8-3-1977

¡Qué pacífica, qué dulce y qué serenamente he comprendido hoy que el corazón de Dios no cambia!

Como también lo comprendí aquel día en el cual, estando con Jesús en el sagrario, ante la confusión aterradora de la mayoría de los hijos de la Iglesia que alocadamente corren buscando a Dios sin encontrarle por el camino de su voluntad, ofuscados por el desconcierto de la confusión que nos invade y el «yo» obstinado de su soberbia;

profundamente afligida, le pregunté al Esposo de mi alma, oculto por amor en el misterio de la Eucaristía, que cómo era posible que los hombres cambiaran tanto de pensamiento, de criterios, de modos de ser y de actuar según los siglos y los tiempos...

Y viendo cómo no conocían la verdadera voluntad de Dios, y, alocados, no sólo vivían confusos, sino que confundían a los demás;

mientras, dolorida, presentaba a Jesús la situación espeluznante que mi espíritu apercibía entre los hijos de la Santa Madre Iglesia, le dije:

«Jesús, ¿y Tú qué piensas ante la vaciedad y la volubilidad de los pensamientos de los hombres...?»

Apercibiendo su contestación amorosa que me respondía:

«Yo siempre pienso igual, porque mi pensamiento es eterno y perfecto; por lo que no está sometido a cambios ni criterios distintos».

Con lo cual, entendiendo que, ante la perfección infinita del pensamiento divino, ¡inmutable!, ¡infinitamente abarcador!, no podía haber cambio, comprendí que la diversidad de nuestros pensamientos humanos y confusos, personales y colectivos, volubles e imperfectos, nos sometía a estar siempre cambiando en nuestro modo de ser, de pensar y de obrar.

Y la comunicación de esta verdad, hecha por Jesús a mi alma, fue tan luminosa, profunda, sabrosa y deleitable que, descansando amorosamente en el pecho del Señor saturado de Divinidad, le volví a decir:

«Jesús, yo no quiero los pensamientos de los hombres. Yo quiero tu pensamiento, que es perfecto, para pensar siempre como Tú.

No quiero más pensamiento que el tuyo, para ser perfecta y obrar siempre según tu voluntad.

Dame tu pensamiento y así no me equivocaré nunca, y actuaré, contigo y por Ti, siempre en perfección.

¡Yo no quiero los pensamientos de los hombres, tan vacíos, pobres, confusos y mezquinos...!»

Penetrando la frase de la Escritura: «Los pensamientos de los hombres, ¡cuán vanos son!»¹¹.

« Cuando me hundo en la luz
de tu infinito misterio,
mi pobre mente se pierde,
quedándome sin conceptos;

y entonces, ¡y sólo entonces!,
me introduzco en tus adentros,
y descubro, con tu Sol,
tu pensamiento
en la eterna trascendencia
de tu Beso.

Y allí admiro tu Verdad,
y allí adoro lo que veo
con la infinita pupila
que Tú te miras en celo
en la recóndita hondura
de tu seno.

Pero, si intento mirarte
con mi vista en el destierro,
sin saber cómo será,
yo te pierdo.

Por eso dame tu luz
y tu fuego,
que es vivirte;
más no quiero.

¹¹ Sal 93, 11.

Cuando te miro en tu vista,
resplandezco ».

21-4-1970

Está lleno el Amor de eternas misericordias,
ardiendo en ansias infinitas de derramarse en
torrentes de luz amorosa sobre la humanidad;
pero espera la tendencia sencilla de nuestras
vidas hacia Él, la petición clamorosa de nues-
tras oraciones para volcarse concediéndonos
todo aquello que, en nombre de Jesús, le pi-
damos.

«En esto está la confianza que tenemos en
Él: en que si le pedimos algo según su volun-
tad, nos escucha»¹².

También he comprendido que, si no se lo
pedimos en el amor, con fe llena de esperan-
za, no nos lo concede; descubriendo el porqué
de la situación pavorosa en que nos encontra-
mos muchos de los miembros de la Iglesia.

Ha conseguido el Maligno separar a los hi-
jos de Dios del contacto con su Padre junto a
los pies del sagrario y en lo profundo e íntimo
de su corazón, donde Dios mora de asiento,
por la gracia, en comunicación íntima y amo-
rosa: «El que me ama guardará mi Palabra y mi
Padre lo amará, y vendremos a él y haremos
morada en él»¹³; por lo que somos templos vi-
vos de Dios y morada del Altísimo.

¹² 1 Jn 5, 14.

¹³ Jn 14, 23.

« Si el sagrario fuera ser que palpitará
y que comprendiera lo que tiene dentro,
se recrujiría y reventaría,
porque no podría contener sus fuegos,
los fuegos que tiene
dentro de su encierro.

Yo soy un sagrario,
un sagrario vivo que oculto al Eterno
en glorias de triunfo y en el recrujir
de mi vida en duelo.

Y por eso siento, en el reteñir
de mi pobre pecho,
estallido en grieta, por la fuerza inmensa
del desbordamiento
del sagrario en vida
que hay en mis adentros.

Yo soy un sagrario que vive invadido
por la fuerza inmensa
de lo que contiene
en su encerramiento.

¡Yo soy un sagrario
y reviento en fuego!

¡Yo soy un sagrario!
¡Un sagrario en vida!
¡¡No un sagrario muerto!! ».
2-2-1973

Ha conseguido el enemigo quitar importan-
cia a los Sacramentos; está consiguiendo dejar
los sagrarios vacíos con el mito de poner al

hombre en lugar de Dios, relegando a Dios,
por lo tanto, a un segundo plano, con el fin
de, paulatina y ladinamente, irlo haciendo desa-
parecer del corazón del hombre.

¡Qué grande, qué omnipotente es la fuerza
avasalladora de un alma sencilla que implora
adorante el derramamiento del Amor Infinito
sobre la humanidad...!

A los pies del Sagrario se llena el fin para el
que hemos sido creados, siendo lo que tene-
mos que ser y haciendo lo que tenemos que
hacer con relación a nosotros y a los demás;
pues conseguimos cuanto pedimos, si lo pedi-
mos según el designio de Dios, alcanzando el
hacernos semejantes a Cristo, protector del
huérfano y de la viuda, subyugador de amores,
Sol de la verdadera justicia, «Admirable-Con-
sejero, Dios-Fuerte, Padre-Perpetuo, Príncipe-
de-la-Paz»¹⁴, Camino seguro que nos conduce a
la verdadera y auténtica felicidad.

¡Qué grande es orar...! Tanto que, cuando
oro, lleno plenamente las dimensiones incal-
culables de mi ser, realizando el plan infinito de
Dios al crearme para ser imagen y semejanza
suya y para hacer, por adhesión y participación
de su voluntad infinita, lo que Él hace.

¡Qué grande es orar...! Porque orar es estar
con Dios. Y ¿puede haber cosa más grande para

¹⁴ Is 9, 5.

la criatura que ponerse en contacto con su Creador?

«Señor, enséñanos a orar...»¹⁵.

Ante lo cual, Jesús, volviendo su mirada al Infinito, exclamó:

«Padre nuestro que estás en los Cielos,
santificado sea tu Nombre»

y glorificado, para que esto se cumpla sobre todo y por encima de todo.

«Venga a nosotros tu Reino»,

para que nos encajemos en los planes eternos de Dios, viviendo aquí en fe y después en luz en su Reino y de su Reino.

«Y hágase tu voluntad así en la tierra como en el Cielo».

Esto es lo esencial y principal que Cristo quiso manifestarnos, enseñándonos a orar al Padre Celestial, para el encajamiento perfecto del plan de Dios. Y como consecuencia de todo ello:

«Danos hoy el pan nuestro de cada día»

para sustento de nuestras vidas en este peregrinar.

Y «perdona nuestras ofensas», con la condición que nosotros «perdonemos a los que nos han ofendido»;

amándonos unos a otros, según las palabras de Jesús, «como Él nos ha amado»¹⁶; ya que «no hay muestra de amor más grande que dar la vida por la persona amada»¹⁷.

¹⁵ Lc 11, 1 ss.

¹⁶ Jn 15, 12.

¹⁷ Cfr. Jn 15, 13.

Y finalmente:

«No nos dejes caer en la tentación»,

estando dispuestos a perder la vida, si preciso fuera, antes que ofender a Dios.

«Líbranos del Maligno»,

que anda «como león rapante y rugiente, buscando a quién devorar»¹⁸ por las seducciones del mundo, mediante las concupiscencias de la carne.

Y al fin, unidos todos en el amor del Espíritu Santo, seamos uno como el Padre y el Hijo son uno, conozca el mundo cómo nos amamos, y Dios sea glorificado en ello.

¡Ya enseñó Jesús, el Divino Maestro, a su Iglesia naciente, la manera sencilla, amorosa y comunicativa, como el pequeñuelo en el regazo de su Padre, de ponerse en contacto con Dios!:

«—Muéstranos al Padre y esto nos basta.

—Felipe, ¿tanto tiempo ha que estoy con vosotros y aún no me habéis conocido? El que me ha visto a mí ha visto al Padre». «El Padre y Yo somos una misma cosa»¹⁹.

La actitud de nuestros corazones ha de ser, por lo tanto, una mirada amorosa y confiada hacia el Padre en expresión de infancia evangélica, que se vuelve a Él para que, apoyados en su regazo, nos muestre sus misterios.

¹⁸ 1 Pe 5, 8.

¹⁹ Jn 14, 8-9; 10, 30.

Jesús, lleno de gozo, expresa la gran alegría de su corazón prorrumpiendo en una acción de gracias al Padre porque ha revelado su secreto a los pequeñuelos, ocultándolo a aquellos que, creyéndose algo, se consideran los sabios y prudentes del mundo:

«Te doy gracias, Padre, Señor del Cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y a los entendidos, y las has revelado a la gente sencilla. Sí, Padre, porque así te ha parecido bien. Todo me lo ha entregado mi Padre, y nadie conoce quién es el Hijo, sino el Padre; ni quién es el Padre, sino el Hijo, y aquél a quien el Hijo se lo quiere revelar»²⁰:

a éstos que, sin saber, sentados en tus rodillas, te llaman Padre.

Los Apóstoles eran pequeños, y por eso preguntan a su Maestro la manera de orar. Y al oírle decir que llamasen a Dios: ¡Padre!, sus corazones, saltando de gozo en el Espíritu Santo y henchidos de alegría como infinita, comprendieron hasta dónde los amaba el Señor: ¡Podían llamar Padre a Aquél que era el todo, la plenitud, la felicidad de Jesús, y con la cual ellos quedarían saciados, no deseando más!: ¡Padre...!

¡Con qué gozo los Apóstoles, durante la vida de Jesús y después que el Divino Maestro en su ascensión gloriosa marchó a la Casa del Padre —«Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios»²¹—, estarían deseosos

²⁰ Lc 10, 21-22.

²¹ Jn 20, 17.

de encontrar un rato en intimidad profunda de silencio sabroso, en el que, llenos de nostalgias por el Infinito y vueltos hacia Él, pudieran, en derecho de propiedad, llamar a Dios ¡Padre!, empleando la misma palabra, la misma fórmula que Jesús empleó para comunicarse con Él...!: «Padre nuestro que estás en los Cielos»²².

Hijo de Dios, heredero de su gloria, partícipe de la vida divina, no sé cómo expresarte, decirte y grabar en tu alma cómo has de orar.

Sé que, en la vida del espíritu, la base para llegar a encontrarse con Dios, a conocerle en sabiduría amorosa, a descubrir sus misterios y designios eternos y maravillosos sobre nosotros, a penetrar en las riquezas insondables que nos comunica en el seno de la Iglesia, llegando así a ser «perfectos como nuestro Padre Celestial es perfecto»²³; es saber orar y encontrar, en el secreto de la oración, el descanso y familiaridad con Dios que el alma necesita.

En la medida y forma que ores, serás más feliz, más fecundo, darás más vida y llenarás el plan divino sobre ti.

« Soy dichosa cuando oro,
porque lleno la apetencia
de las hambres de mi sed,
porque encuentro al que deseo
y apercibo la dulzura

²² Mt 6, 9.

²³ Mt 5, 48.

que se encierra en un sagrario silenciado
en rumores candescentes por las llamas
de Yahvé.

Soy dichosa cuando oro, porque llego
a todas partes
en inmensas apetencias,
que se abrigan en mi ser,
de irradiar por todo el mundo
las lumbreras infinitas
que en tu seno contemplé.

Soy dichosa cuando oro,
porque lleno en mi terrible apetecer
cuanto soy y cuanto busco
en mi modo desbordante de querer.

Soy dichosa cuando oro...
No hay fronteras para el alma que, adorante,
se desploma ante un sagrario silencioso,
en sus ansias delirantes de tener,
escuchando los lamentos del Inmenso,
que, hecho Hombre, se descubre
al pueblo amante,
tan humano y tan divino como es.

Soy dichosa cuando oro
y repleta en mis llenuras,
en mis hambres y en mi sed,
y en mis nostalgias de Cielo
frente al Ser.

Soy dichosa cuando oro.
¡Dios conoce mis porqués! ».

20-3-1973

Por lo que es necesario que vayamos a orar
en postura de infancia evangélica que brota de
una espontánea humildad, al comprender el co-
razón infinito del Padre en contacto amoroso
con la pequeñez de nuestra alma que, rebo-
sante de júbilo, puede llamar al Infinito Ser, tres
veces Santo: nuestro Padre Dios.

Sea la actitud de tu oración un correr a des-
cansar en el regazo de tu Padre. Y allí, en la
intimidad de tu pequeñez, deposita en su cora-
zón, junto a los pies del sagrario o en cualquier
momento del día en lo profundo y recóndito de
tu corazón donde Dios mora por la vida de la
gracia, tus problemas; desahoga en Él tus pe-
nas, expónle tus necesidades en petición amo-
rosa de adoración rendida que gime, tras las
noches de este peregrinar, escuchando los la-
mentos del Dios de la Eucaristía, que, en peti-
ciones candentes de amor, en tus ratos de sa-
grario quiere comunicarse a tu alma; pues «está
fatigado el Amor por no encontrar a quién co-
municar su secreto», ya que el Amor espera sin
cansarse en el silencio de la Eucaristía, tras el
misterio de días y de noches prolongados por
si alguno viene a verle, pues no sabe de cansancios el que ama.

« Jesús sufría en silencio,
y en silencio se quejaba,
y en silencio me pedía
que yo entrara en su silencio
y en su silencio le amara.

Y, cuando yo entraba en Él,
en silencio me quedaba,

penetrando la tragedia
que en su silencio se daba...

¡Oh, cuánto dice el silencio,
cuando en silencio nos habla...! ».
3-4-1969

Por eso, hijo del alma, ve a la oración a estar un rato con el Amor Infinito; procura poner en tu espíritu el máximo grado de amor puro que puedas; búscalo incansablemente hasta que le encuentres en el secreto de sus noches de sagrarios prolongadas. No te canses, alma querida, en tu espera; al Amor le gusta ser buscado por los que ama.

Que sea nuestra postura en la oración un ponernos en el corazón de Aquél que siempre nos ama infinitamente, nos abraza eternamente, nos comprende, y amorosamente nos besa, de tal forma que escuchemos su secreto de amor; ya que «el que se apoya en el pecho de Cristo, se hace predicador de lo divino»²⁴, dando gloria a Dios y conquistando almas para su Reino.

Por lo cual, cuando vayas a orar con corazón contrito y espíritu humillado, en reverente postura sacerdotal; si de alguna manera apercibes el silencio cadente de la cercanía de Dios que se te hace presente en la Eucaristía o en el fondo de tu alma, donde el mismo Dios habla a

²⁴ Cfr. Evagrio del Ponto.

tu corazón bajo el saboreo amoroso del teclear de las notas del Espíritu Santo, en la suavidad sonora de su intimidad amorosa; no busques nada que te ate para ponerte en contacto con tu Familia Divina. «Llevaré al alma a la soledad y allí hablaré a su corazón»²⁵, ya que «el silencio es tu alabanza».

Dios nos pide entrar en el interior de nuestra casa, «en la recámara» donde sólo Él habita; «echar la llave», y allí, en profundo silencio, estarnos con nuestro «Padre que mora en lo secreto» y que busca la soledad y el silencio para comunicarse.

«Tú, cuando ores, entra en tu recámara y, cerrada la puerta, ora a tu Padre, que está en lo secreto; y tu Padre, que ve en lo escondido, te recompensará»²⁶.

Toda la vida de Jesús fue una tendencia hacia el Padre y un llevarnos a Él, para que nos abrasara en el amor del Espíritu Santo. Siempre que Jesús te quiere enseñar a orar, te pide que te hagas pequeño y que te eches en los brazos del Padre, que ya el Padre sabe todo lo que necesitas.

Orar, como muchas veces te he dicho, hijo mío, no es complicarse la vida buscando modos y maneras para tratar con el Amor Infinito.

²⁵ Cfr. Os 2, 16.

²⁶ Mt 6, 6.

Orar es ir a ponerte en contacto con tu Padre Dios como puedas.

Orar es avivar la presencia de Dios, buscándole en su silencio y escuchándole en su intimidad, junto a las puertas del sagrario y en lo más íntimo de tu corazón;

es decirle todo eso que tienes en tu alma; es ponerte en su corazón de Padre tal como eres.

Por eso, la oración unas veces será hablar con Jesús en el sagrario; otras, escucharle; otras, mirarle y sentirte mirado;

descansar en el pecho del Amigo y hacerle descansar a Él;

decirle que sí en una entrega total a su amor eterno; adorar en postración amorosa;

abandonarte en sus brazos de Padre; sentarte en sus rodillas para que te cuente su secreto;

apoyar tu cabeza, como San Juan, en el pecho del Divino Maestro; escucharle de rodillas como la Magdalena; mirarle embelesado, como los pequeñuelos;

o quedarte en silencio, en saboreo suave, pacífico y silencioso de amor.

Orar es todo aquello que te lleva o te pone en contacto amoroso con el Señor, para sacar y dar amor.

Orar es hacer gran silencio para oír al Amor Infinito en su silencio amoroso, para escuchar su habla sin palabras. Ya que el Verbo, a pesar de ser la infinita y consustancial Palabra y el

eterno Decir del Padre, se comunica en secreto en la oración al alma que sabe buscarle en intimidad; la cual queda encendida en las llamas candentes del Espíritu Santo ante el contacto del Hijo eterno del Padre, que se le entrega en donación para decirle su secreto infinito.

El Padre te sienta en sus rodillas para decirte su vida amorosa; y como su decir es obrar, te dice a su Verbo, besándote en el amor del Espíritu Santo.

« *¿Qué tiene el silencio,*
que deja escuchar
las voces del Verbo...?

¿Qué tiene el silencio,
que, en su teclear,
cual lira de Gloria,
descubre los velos
que oculta el misterio...?

¿Qué tiene el silencio,
el silencio oculto
que envuelve en su nube
el *Sancta Sanctorum*
de Dios en su seno...?

¿Qué tiene el silencio,
que abre a los hambrientos
los Cielos,
y los introduce,
sin nada decirles,
en las melodías
secretas del Verbo...?

*¿Qué tiene el silencio,
que rasga el misterio...? ».*
12-2-1973

Cuando vayas a orar y no tengas ninguna cosa en tu alma que te una con el Amor Infinito o te urja depositar en Él, abre el Evangelio u otro libro que te hable de Dios y sus misterios para ayudarte a encender tu espíritu, lee algo de él; y cuando apercibas una dejadez amorosa que te invita a descansar o reposar en el pecho del que amas, quédate en silencio amando.

Si con esto te basta para el tiempo de oración, no busques más, que el Señor te llevará a la soledad para hablar a tu corazón.

Si te distraes, vuelve a buscar el medio y el modo de volver a encontrarle. Pero una vez que de alguna manera apercibas cercanía o presencia de Dios, déjalo todo y estate en silencio con Él: «Olvida tu pueblo y la casa de tu padre, y codiciará el Rey tu hermosura»²⁷.

Si tu imaginación te distrae, procura el silencio; y si no lo puedes conseguir, busca y mira a Jesús en el sagrario, abre nuevamente el Evangelio, y vuelve a ayudarte, para adquirir el recogimiento, con otro punto de lectura cortito y breve.

²⁷ Sal 44, 11-12.

Esto hazlo en la oración cuantas veces lo creas necesario para dejar las imaginaciones y procurar entrar paulatinamente en recogimiento, suave, profundo y amoroso.

Pero, cuando sientas en ti la necesidad de quedarte pacífica y deleitablemente en silencio sabroso para escuchar a Dios, de mirarle con amor, o de estarte saboreando, sabiendo o comprendiendo cualquier verdad que a tu mente pueda venir y que te ayude como medio remoto para amar; no busques más, que el Amor está cerca, actuando y obrándose en tu alma.

«Os conjuro por las gacelas y cabras monteses: no despertéis ni inquietéis a mi amada hasta que a ella le plazca»²⁸.

Muchas veces te he dicho que orar es amar; por lo que el alma tiene que ir a la oración para encontrar al que ama. Y te lo repetiré hasta que muera, porque sé que, cuando Dios habla de espíritu a espíritu en lo recóndito y profundo del corazón, le estorban las lecturas, los conceptos, las formas y las palabras; pues el Verbo, a pesar de ser la infinita y eterna Palabra, cuando se da en la concavidad profunda y recóndita del espíritu, lo hace en un eterno y consustancial silencio de Ser.

Y así, cuando la Sabiduría divina y amorosa, que es el habla del Infinito, se va infun-

²⁸ Ct 2, 7.

diendo saboreablemente en paladeo amoroso en lo recóndito del espíritu; éste siente o experimenta de alguna manera que se enciende en amor; que va siendo penetrado por el entendimiento divino; que se le está comunicando Dios en sabor de vida eterna; ya que el decir del Verbo es de la misma manera que al Padre le habla: una Expresión infinita de sabiduría secreta, que, en retornación de amor al Padre que le engendra, le dice, sin ruido de palabras, todo el infinito ser del *In principio*.

Sacerdote de Cristo, alma consagrada, miembro vivo y vivificante del Cuerpo Místico de Cristo; conozco por experiencia en mi contacto con las almas, que el que busca a Dios sin cansarse, antes o después se encuentra en saboro profundo y deleitable con el Dios del Sacramento.

Por lo que si procuras hacer oración a los pies del sagrario, en breve tiempo empezarás a regustar el saboro del silencio; y, tras él y en él, el gozo de la cercanía y presencia de Dios, pues en el sagrario está el Ser.

Y entonces sabrás –de saborear– el paso del Amor en brisa silenciosa y sacrosanta de Eternidad.

« El Inmenso pasa
en hálito quedo,
en brisa callada,
oculto en sus velos.

El Inmenso pasa
con las melodías que exhala el silencio;
y yo oigo su voz,
y escucho su acento,
y descubro ansiosa la sombra que deja
en su pasar quedo.

El Inmenso pasa
con brisa de fuego ».
6-2-1973

La manera de hablar Dios es según Él es, «en espíritu y en verdad»²⁹. Por eso se comunica de espíritu a espíritu, como Él es. Y Él es el Silencio infinito, la suavidad sonora en silbo delgado.

Por lo cual, cuando sientas necesidad de silencio y en él apercibas algo sabroso, como con regustito que no es material sino saber de vida eterna, o simplemente silencio gustoso y calentito donde se está a gusto porque se percibe la cercanía de la persona amada; esto es habla de Dios a tu alma.

Porque es decirte o hacerte saborear, presentir, gustar, o intuir, lo que Él es, sin expresiones de acá, sino en comunicación de silencio, donde el Amor te pone para hablar, no a tus oídos, sino a tu corazón, en secreto de intimidad.

No necesita Dios para hablar al alma de ninguna palabra; tanto, que, cuando en la oración

²⁹ Jn 4, 24.

o fuera de ella se oyen palabras, no es directamente Dios el que se le comunica, sino que lo hace por medio de la criatura palabra, mediante la cual expresa su voluntad.

Pero, cuando en el silencio de la oración callada, se percibe un frescor silencioso en suavidad sonora de vida eterna, entonces es cuando la sustancia del Increado está comunicándose a la sustancia del alma, y es cuando ésta en verdad puede decir, sin miedo a equivocarse, que la Sabiduría del Padre, la Palabra cantora en la Trinidad, está hablando a su ser pequeño de Iglesia.

Dios se es la Paz infinita, el Amor sabroso, el Gozo pacífico, la Sapiencia expresiva, la Sabiduría secreta...

Por lo que, cuando estás en la oración y sientes necesidad de estarte en silencio, porque percibes o saboreas una frescura de paz, un amor sabroso, un gozo espiritual, un no sé qué de silencio profundo que te invita a estarte calladito y quietecito sin pensar, sólo percibiendo o escuchando aquel sabor que, llenándote de paz y silencio, sin tú mismo poderle dar forma, sabes en experiencia de alguna manera, aunque sea tenue, que estás cerca de Dios;

¡escucha, alma querida!, ¡no te distraigas!, que el Verbo, en el silencio, te está hablando sin ruido de palabras en lo profundo e íntimo de tu corazón, diciéndote en tu interior, en saboreo, sin forma ni figuras, lo que Él es; ya que el habla de Dios obra lo que dice.

A veces pensamos que el hablar de Dios es como el nuestro, que la comunicación del Infinito es a lo humano por medio de conceptos y palabras; y no, alma querida, no. Dios habla como es, «en espíritu y en verdad».

Y por eso, sin ruido de palabras, se te infunde el mismo Verbo abrasándote en el amor del Espíritu Santo, iluminándote en su luz, haciéndote sentir y vivir su espíritu de fortaleza, de sabiduría, de ciencia, de temor de Dios, de bondad, de amor, de justicia y de paz..., en un gozo, silente y sacrosanto, sabroso y deleitable, fruto también del habla divina, en luz candente y sonora del Espíritu Santo.

Dios mío, llévame a tu soledad y perciba yo tu silencio en dicho infinito, para que, haciéndome semejante a Ti, te sepa y te comunique a las almas en espíritu y en verdad.

« Siento la brisa delgada
de tu infinito concierto
tras las notas misteriosas
del besar de tu Silencio...

Siento arrullos del Dios vivo
en la hondura de mi pecho,
y requemores de Gloria
en presuntos de misterio...

Siento a Dios del modo extraño
que he logrado poseerlo
en las noches de la muerte,
mientras vivo en el destierro...

Siento a Dios constantemente,
 en mi vivir lastimero,
 tras las puertas del sagrario
 y en lo profundo del pecho,
 en la lucha de la vida,
 sin tenerle como espero.

¡Tengo a Dios secretamente
 entre clamores en duelo! ».
 20-3-1972

Jesús, yo quiero estar contigo para estar con
 el Padre en el amor mutuo e infinito del Espíritu
 Santo, llenando así la plenitud de mi ser y de
 mi obrar, en el encajamiento perfecto y acaba-
 do de tus planes sobre mí dentro del seno de
 la Iglesia.

Yo soy Iglesia, y, en función de mi peculiar
 sacerdocio, necesito estar «entre el vestíbulo y
 el altar», recibiendo al Infinito para comunicarlo
 a los hombres, y recogiendo a la humanidad
 para presentarme ante Dios con toda ella, im-
 plorando, con petición sencilla y amorosa, el
 derramamiento de su voluntad sobre todos y
 cada uno de sus hijos.

Cuando Moisés alzaba los brazos, el Cielo se
 abría, y el Dios de los Ejércitos se derramaba
 portentosamente en conquistas de gloria por la
 fuerza de la petición de su elegido³⁰.

¡Qué grande es un hombre cuando ora...!
 Tanto, que se hace poderoso y omnipotente

³⁰ Cfr. Ex 17, 11.

con el poder de Dios, siendo capaz de vivir y
 ser por participación, lo que Dios es y vive por
 naturaleza en el acompañamiento de su serse
 Familia.

« Hoy descanso en tu pecho, desplomada
 de amores,
 ansiando nuevos soles de eterno resplandor;
 confío en las promesas repletas de misterio
 que oyera en los adentros de tu infinito amor.

Me encuentro desplomada por pruebas
 reprimidas
 que oculto en el secreto de un lento agonizar.
 Por ello, cuando oro hundida en mi silencio,
 reposo descansando sin nada desear.

Tus glorias son los triunfos
 del pecho dolorido,
 que reprime un gemido, al sentirse ultrajar.
 ¡Qué saben los mundanos de tu celo encendido,
 de tu amor escondido, queriéndose entregar...!

Yo oculto los lamentos que en tu hondura
 apercibo,
 y respondo a mi estilo, intentando captar
 tu recrujir secreto de Cristo enternecido,
 para expresar en eco tu ardiente lamentar.

¡Qué bien se está en silencio cerquita
 del Sagrario
 después de comulgar,
 sin buscar más consuelo que amar y ser amada!
 ¡Sólo eso, sin más...! ».

13-12-1978

19-5-2002

**IGLESIA MÍA, IGLESIA AMADA,
ESPOSA DEL CORDERO
INMACULADO Y SIN MANCILLA,
LA HORA DEL PODER
DE LAS TINIEBLAS
HA CAÍDO SOBRE TI**

Y, después de cuanto acabo de expresar, tan profundo, sabroso y deleitable, ante la realidad subyugante del misterio contenido en el seno de la Santa Madre Iglesia, tan divina como humana, prolongación viva, viviente y palpitante del misterio de Cristo en su Encarnación, vida, muerte y resurrección gloriosa;

deseo manifestar, ante las situaciones dramáticas por las que durante todos los tiempos va pasando la Madre Iglesia en este duro peregrinar, conduciéndonos, en su caminar jadeante, hacia la Casa del Padre; para que, «con temor y temblor, obremos nuestra propia santificación»¹;

los peligros que por todas partes nos acechan, con el intento diabólico de separarnos del único fin para el cual hemos sido creados y, con ello, poder perder a Dios para siempre.

¹ Cfr. Flp 2, 12.

Por lo que quiero exponer una de las cosas que el Señor ha mostrado a mi alma sobre estas situaciones tristísimas, dramáticas y demolidoras que pasa la Iglesia por los continuos ataques de los enemigos de esta Santa Madre y las insospechadas e innumerables filtraciones en su seno.

El 18 de octubre de 1978, ahogada por el dolor y sobrecogida de espanto, escribía en mi diario espiritual:

« Tengo miedo de los enemigos de la Iglesia que están filtrados en ella...

En la Iglesia, he visto también... ¡como un gran "pulpo"!, lleno de horribles tentáculos, que se filtran por todas partes; y que, cuando se iba a ver por dónde estaban escondidos, éste soltaba su tinta, envolviéndolo todo, no dejando lugar a descubrir sus artimañas ocultas y diabólicas.

Las tinieblas y la confusión nos invaden, nos penetran por todas partes; de forma que, donde menos se piensa y quien más desapercibido pasa, es un gran enemigo; tal vez ocupando un lugar importante y estratégico, para trabajar como lobo rapaz disfrazado con piel de manso cordero.

¡Qué pulpo tan horripilante vi...! ¡Y qué tentáculos se extendían por mi Iglesia Santa, ocultos por la tinta de este monstruo infernal...! »

Y, reavivando el recuerdo de lo que, des-pavorida y asustada, en un momento de sorpresa y llena de espeluznante y dramático estupor contempló mi espíritu y tan escuetamente dejé plasmado ese día;

haciendo un llamamiento de alerta a los hijos de la Santa Madre Iglesia, miembros vivos y vivificantes del Cuerpo Místico de Cristo;

necesito hoy sobreabundar sobre lo ¡terrible!, ¡espantable!, ¡escalofriante y pavoroso! de aquel pulpo infernal.

Estaba como aplastado sobre la tierra, por el descomunal peso de su corpulencia; y aunque movía al mismo tiempo lenta, pero ferozmente, sus horribles tentáculos, no podía levantarse ni un palmo del polvo de la tierra; viniéndome a la mente las palabras de la Sagrada Escritura: «Te arrastrarás sobre tu pecho y comerás el polvo todos los días de tu vida»².

¡Oh qué pulpo tan monstruoso contempló mi espíritu!; lleno de innumerables tentáculos, ¡fuertes!, ¡gruesos!, con pelos como púas; mientras que unos ojos diabólicos, redondos, saltos, grandes, repulsivos e inquietos que daban terror, moviéndose para un lado y para otro fiera y vertiginosamente, miraban, y me miraban deseando pulverizarme y hacerme desaparecer, si posible fuera; agazapado, enloquecido, envidioso, vengativo y destructor, para demoler cuanto estuviera a su alcance como una máquina apisonadora;

² Gén 3, 14.

expandiendo sigilosa y asolapadamente sus terribles y horripilantes tentáculos para irse filtrando ladinamente, intentando llegar a todas partes y dominar cuanto le fuera posible con su ira llena de envidia, rencor, desesperación, amargura y venganza endiablada;

y procurando engañosamente, como en el Paraíso terrenal, arrebatarse a las almas la posesión del gozo eterno que él había perdido, cayendo para siempre en el Abismo insondable de la perdición, abierto para él y para sus secuaces, ante su abominable y repelente rebelión contra el Infinito y Coeterno Creador.

Era la expresión más patente del diablo, y estaba filtrado insidiosa y asolapadamente en el seno luminoso y anchuroso de la Madre Iglesia, llena de santidad y resplandeciente de divina belleza y hermosura, como espejo sin mancha, por la posesión del mismo Dios que la penetra, la satura, la ennoblece y la engalana; intentando, enloquecido y furiosamente, pulverizar y devorar, anegando con el lodo de su pestilente lodazal.

Ante lo cual, despavorida y asustada, pero enaltecida por los celos de Yahvé y ardiendo en amores por la gloria del que amo; me lancé presurosa, corriendo en espíritu con la rapidez de un rayo, para ver y sorprender de cerca aquel monstruo repulsivo, y qué era y cómo actuaba.

El cual, al ver que me acercaba, mirándome lleno de temor, enfurecido y como enloqueci-

do de rabia, queriéndose ocultar asolapadamente a mi mirada espiritual, para que no descubriera hasta el fondo su insospechada y brutal malicia; despavorido y asustado, y rápidamente, expulsó de sí mismo una tinta negra, envolviéndose de tal forma que, quedando totalmente cubierto, no se le podía ver, por más intentos que mi pobre alma, asustada, procuraba hacer para descubrir, hasta lo profundo, los intentos agresivos, llenos de artimañas, con todo el mal que producía aquel monstruo terrible, pavoroso e infernal, lleno de espantables y peludos tentáculos; intentando invadir todo para oprimirlo entre sus estridentes, hirientes y punzantes garras que, como garfios, lo apresaban, llevándose hacia él para demolerlo y poderlo devorar.

El día 10 de abril de 1997 manifestaba:

« Hoy, aterrada y asustada, necesito decir que el intento más grande del diablo en estos tiempos, es desacralizarlo todo, quitar todo lo divino, confundir los dogmas, haciendo desaparecer de la mente y del corazón del hombre y de los cristianos el pensamiento de Dios en su ser y en su obrar; poniendo al hombre con sus problemas y pensamientos –que “cuán vanos son”³– como fin y centro de la vida, e incluso del cristianismo.

Por lo que llena de amor a Dios, a la Iglesia y a las almas, gimo y clamo, dolorida y desg-

³ Sal 93, 11.

rradamente ante la rebelión de Luzbel y la del hombre, hecha una con los Ángeles del Cielo: ¡¿Quién como Dios?! que, lleno de misericordia, ternura, compasión y amor, para salvarnos, “entregó a su Hijo único para que no perezca ninguno de los que creen en Él, sino que tengan vida eterna”⁴. Por lo que Jesús decía: “Nadie me quita la vida, sino que Yo la entrego libremente. Tengo poder para dejarla y tengo poder para recuperarla”⁵ ».

Repulsivos y espeluznantes tentáculos opri-
men y ocultan en sí, bajo la tiniebla tenebrosa
de la tinta negra y espesa que los envuelve, las
insidias diabólicas, llenas de maquinaciones
que recaen sobre la Madre Iglesia;

utilizando a los enemigos de esta Santa
Madre, filtrados insidiosamente por todas par-
tes, y, de modo especial, allí donde se procura
buscar gloria para Dios y dar la vida divina
a las almas;

no sólo para hacer reventar a la Iglesia des-
de dentro, sino para perturbar, corroer y hasta
corromper por toda clase de medios, más o me-
nos lícitos o ilícitos, más o menos confusos, ex-
traños y agresivos que afanosa y diabólicamente
les sea posible, a los miembros del
Cuerpo Místico de Cristo y, especialmente, a los
más vivos, vivificantes y vitalizantes; haciendo
caer y recaer con mentiras y engaños insidiosos
y calumniosos, incluso a los elegidos y un-
gidos de Dios.

⁴ Jn 3, 16.

⁵ Jn 10, 18.

Para que la Madre Iglesia, santa y santifi-
cante, divina y divinizante, repleta de materni-
dad y cubriendo sus ricas joyas con un manto
de luto por los hijos que, por no conocerla
bien, se fueron de su seno de Madre; aparezca
denigrada y como manchada por los pecados
de muchos de sus mismos hijos; incluso del
«linaje escogido, sacerdocio real, nación
santa, pueblo adquirido para pregonar el po-
der del que os llamó de las tinieblas a su luz
admirable»⁶;

presentando a la Iglesia –llena de juventud
y sublime hermosura– morena y desencajada,
haciendo recaer sobre ella una culpa que en sí
no tiene ni puede tener, por ser tan divina por
su real Cabeza, como humana por la pesada y
dura carga de los pecados de sus hijos, que la
hacen aparecer, ante la mirada de los que no
la conocen bien y por eso no la aman, llena
de deformaciones, envejecida, como afeada, y
hasta manchada: «gusano y no hombre, el dese-
cho de la plebe y la mofa de cuantos le ro-
dean»⁷ como Cristo con su cruz a cuestas por
el camino del Gólgota.

El cual, con su muerte en el ara de la cruz,
engalanó a su Esposa, la Iglesia, con un man-
to real de sangre; para que pueda perdonar,
limpiar y purificar los pecados de sus hijos; y
con su resurrección gloriosa la inmortalizó, ha-
ciéndola la Nueva, Universal y Eterna Jerusalén,
fundamentada sobre la Roca de Pedro; al cual
le dijo: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edi-

⁶ 1 Pe 2, 9.

⁷ Sal 21, 7.

ficaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella»⁸;

y dándole la infalibilidad en la Iglesia:

«A ti te daré las llaves del Reino de los Cielos; lo que ates en la tierra quedará atado en el Cielo y lo que desates en la tierra quedará desatado en el Cielo»⁹; «Simón, Simón, mira que Satanás os ha reclamado a vosotros para cribaros como trigo, pero Yo he rogado por ti para que no desfallezca tu fe, y tú, una vez convertido, confirma a tus hermanos»¹⁰;

y haciéndole Pastor Supremo de toda ella:

«Simón, hijo de Juan, ¿me amas tú más que éstos?» “Sí, Señor, Tú sabes que te quiero”. “Apacienta mis corderos”. “Simón, hijo de Juan, ¿me amas?” “Sí, Señor, Tú sabes que te quiero”. “Pastorea mis ovejitas”. Por tercera vez le dice: “Simón, hijo de Juan, ¿me quieres?” “Señor, Tú lo sabes todo, Tú sabes que te quiero”. “Apacienta mis ovejas”»¹¹.

Y tras esta profunda y riquísima realidad, Cristo hizo a Pedro Piedra y Fundamento de la Iglesia, le concedió la infalibilidad y le constituyó Supremo Pastor de todo su rebaño.

«Ten ánimo, Jerusalén; el que te dio su nombre te consolará. Mira hacia el Oriente, Jerusalén, y contempla la alegría que te viene de tu Dios».

⁸ Mt 16, 18.

⁹ Mt 16, 19.

¹⁰ Lc 22, 31-32.

¹¹ Jn 21, 15-17.

«Jerusalén, despójate de tu vestido de luto y aflicción y vístete las galas perpetuas de la gloria que Dios te da; envuélvete en el manto de la justicia de Dios y ponte en la cabeza la diadema de la gloria perpetua, porque Dios mostrará tu esplendor a cuantos viven bajo el cielo. Dios te dará un nombre para siempre: “Paz en la justicia, Gloria en la piedad”.

Ponte en pie, Jerusalén, sube a la altura, mira hacia Oriente y contempla a tus hijos, reunidos de Oriente a Occidente, a la voz del Espíritu, gozosos, porque Dios se acuerda de ti»¹².

Por lo que, ante cuanto Dios muestra a mi alma para que lo manifieste, bajo la moción y el impulso del Espíritu Santo; el día 18 de febrero de 1975 expresaba:

«Es necesario que los Sucesores de los Apóstoles, reunidos en torno de Nuestra Señora toda Blanca de Pentecostés, pidan al Espíritu Santo descienda sobre la Iglesia, para que, iluminando sus mentes e inflamando sus corazones, se reavive, resplandeciendo nuevamente, la verdad con toda su verdad que en el seno de esta Santa Madre se encierra para todos los hombres.

Y entonces, ¡y sólo entonces!, mediante el derramamiento y la fuerza del Espíritu Santo, desaparecerá la confusión, se disiparán las nubes que envuelven a la Iglesia, y resplandecerá su rostro bellissimo. La fuerza del Espíritu Santo robustecerá a las Columnas de la Iglesia para que, levantándola de su postración, la pre-

¹² Bar 4, 30. 36; 5, 1-5.

senten ante los hombres, como en un nuevo Pentecostés, tras su aparente fracaso, como Esposa inmaculada del Cordero sin mancha, repleta de gracia y de virtud con la posesión del mismo Dios en donación de amorosa sabiduría a los hombres ».

Por lo que esta mañana, 19 de mayo de 2002, fiesta de Pentecostés, durante la celebración del Sacrificio Eucarístico del Altar, recordando lo anteriormente mencionado, cobijada en el regazo de María, Madre de la Iglesia, y hecha una con los Sucesores de los Apóstoles; en mi clamar jadeante, y enaltecida de amor a la Iglesia, repetía y repetía... llena de amor y de gozo, bajo el impulso del Espíritu Santo, la antifona del salmo responsorial: «Envía, Señor, tu Espíritu, y renueva la faz de la tierra»; «para que nos lleve al conocimiento pleno de toda la verdad revelada»¹³.

Y así, con el poder que Cristo dio a sus Apóstoles –a los cuales encomendó su Iglesia haciéndoles Pastores de su Rebaño, y dándoles, para ello, sus mismos poderes divinos– los espíritus malignos que andan sueltos quedan atados y constreñidos.

«Lo que atareis en la tierra será atado en el Cielo, y lo que desatareis en la tierra será desatado en el Cielo»; «y dio a los Doce poder y autoridad sobre todos los demonios»¹⁴.

¹³ Sal 103, 30; S. Misa de Pentecostés, oración sobre las ofrendas.

¹⁴ Mt 18, 18; Lc 9, 1.

Quedando, con ello, frenados los hijos de las tinieblas que maquinan en la noche instigados por el Maligno.

Pues «es justo a los ojos de Dios retribuir con tribulación a los que os atribulan, y a vosotros, los atribulados, con descanso, en compañía nuestra, en la Manifestación de Jesús, el Señor, desde el Cielo con sus milicias angélicas, tomando venganza en llamas de fuego sobre los que desconocen a Dios y no obedecen al Evangelio de nuestro Señor, Jesús. Esos serán castigados a ruina eterna, lejos del rostro del Señor y de la gloria de su poder, cuando venga para ser glorificado en sus santos y admirado aquel día en todos los que habéis creído por haber recibido nuestro testimonio»¹⁵.

«Mirad que vengo pronto y traigo conmigo mi recompensa para pagar a cada uno según sus obras»¹⁶.

Mientras que yo, sólo como el Eco pobre, pequeñito y diminuto de la Santa Madre Iglesia, en repetición de sus inéditos y dramáticos cantares, y llena de lamentaciones;

hecha una con el Santo Padre y mis Obispos queridos, a los que tanto amo, con el pueblo sacerdotal y consagrado y todos los miembros del Cuerpo Místico de Cristo; gimiendo dolorosa y desgarradamente, con temor y temblor por aquellos que, como Judas, por treinta monedas entregan al Hijo del Hombre y a su Espos

¹⁵ 2 Tes 1, 6-10. ¹⁶ Ap 22, 12.

sa la Iglesia, y pudieran llegar a recaer sobre ellos las palabras de Jesús: «más les valiera no haber nacido»¹⁷;

en adhesión incondicional a los Sucesores de los Apóstoles y colaborando con ellos en la misión esencial que Cristo les encomendó al fundar su Iglesia; experimentándome la «voz del que clama en el desierto»¹⁸;

vehemente y ardientemente quiero y necesito ayudarles a preparar los caminos para el día de la vuelta del Señor; repitiendo y reavivando en mi espíritu las palabras del Apóstol:

«Te conjuro en presencia de Dios y de Cristo Jesús que ha de venir a juzgar a vivos y muertos, por su Manifestación y su Reino: proclama la palabra, insiste a tiempo y a destiempo...»¹⁹.

Ya que «antes ha de venir la apostasía y ha de manifestarse el hombre de la iniquidad, el hijo de la perdición, que se opone y se alza contra todo lo que se dice Dios o es adorado, hasta sentarse en el templo de Dios y proclamarse dios a sí mismo.

¿No os recordáis que, estando entre vosotros, ya os decía esto? Y ahora sabéis qué es lo que le contiene hasta que llegue el tiempo de manifestarse. Porque el misterio de la iniquidad está ya en acción; sólo falta que el que le retiene sea apartado. Entonces se manifestará el inicuo, a quien el Señor Jesús matará con el aliento de su boca, destruyéndole con la manifestación de su venida.

¹⁷ Cfr. Mt 26, 24. ¹⁸ Jn 1, 23.

¹⁹ 2 Tim 4, 1.

La venida del inicuo irá acompañada del poder de Satanás, de todo género de milagros, señales y prodigios engañosos, y de seducciones de iniquidad para los destinados a la perdición, por no haber recibido el amor de la verdad que los salvaría. Por eso Dios ve que les entrará un poder engañoso, para que crean en la mentira y sean condenados cuantos, no creyendo en la verdad, se complacen en la iniquidad»²⁰.

«Que el Dios del Señor nuestro Jesucristo, el Padre de la Gloria, os dé espíritu de sabiduría y revelación para conocerlo. Ilumine los ojos de vuestro corazón para que comprendáis cuál es la esperanza a la que os llama, cuál la riqueza de gloria que da en herencia a los santos y cuál la extraordinaria grandeza de su poder para nosotros, los que creemos, según la eficacia de su fuerza poderosa, que desplegó en Cristo, resucitándolo de entre los muertos y sentándolo a su derecha en el Cielo, por encima de todo principado, potestad, fuerza y dominación, y por encima de todo nombre conocido, no sólo en este mundo, sino en el futuro. Y todo lo puso bajo sus pies y lo dio a la Iglesia, como Cabeza, sobre todo. Ella es su Cuerpo, plenitud del que lo acaba todo en todos»²¹.

Ya que el Señor Jesús, «una vez que comían juntos, les recomendó» a sus Apóstoles: «“No os alejéis de Jerusalén; aguardad que se cumpla la promesa de mi Padre, de la que Yo os

²⁰ 2 Tes 2, 3-12.

²¹ Ef 1, 17-23.

he hablado. Juan bautizó con agua; dentro de pocos días vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo”.

Ellos lo rodearon preguntándole: “Señor, ¿es ahora cuando vas a restaurar la soberanía de Israel?”

Jesús contestó: “No os toca a vosotros conocer los tiempos y las fechas que el Padre ha establecido con su autoridad”. “Cuando el Espíritu Santo descienda sobre vosotros, recibiréis fuerza para ser mis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaría y hasta los confines del mundo”.

Dicho esto, lo vieron levantarse hasta que una nube se lo quitó de la vista.

Mientras miraban fijos al cielo, viéndole irse, se les presentaron dos hombres vestidos de blanco que les dijeron: “Galileos, ¿qué hacéis ahí plantados mirando al cielo? El mismo Jesús que os ha dejado para subir al cielo, volverá como le habéis visto marcharse”²².

Porque «como el relámpago sale del Oriente y brilla hasta el Occidente, así será la vuelta del Hijo del Hombre. Entonces aparecerá la señal del Hijo del Hombre en el cielo, y se lamentarán todas las tribus de la tierra; y verán venir al Hijo del Hombre sobre las nubes del cielo con gran poder y gloria. Y enviará sus Ángeles con poderosa trompeta y reunirán de los cuatro vientos a los elegidos, desde un extremo del cielo hasta el otro».

²² Hch 1, 4-11.

«El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán»²³.

Y «cuando el Hijo del Hombre venga con su gloria acompañado de todos sus Ángeles, se sentará en su trono de gloria, y se reunirán en su presencia todas las gentes, y separará a unos de otros como el pastor separa a las ovejas de las cabras, y pondrá las ovejas a su derecha y las cabras a su izquierda. Entonces dirá el rey a los que están a su derecha: Venid, benditos de mi Padre, tomad posesión del Reino preparado para vosotros desde la creación del mundo...»

«Y dirá a los de la izquierda: Apartaos de mí, malditos, id al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles...»²⁴.

«El Espíritu y la Esposa dicen: “¡Ven!” Y el que lo oiga diga: “¡Ven!” Y el que tenga sed, que venga, y el que quiera, que coja gratis el agua de la vida.

El que da testimonio de esto dice: “Sí, vengo pronto”. Amén, ¡ven Señor Jesús!»²⁵.

²³ Mt 24, 27. 30 ss.

²⁴ Mt 25, 31-34. 41.

²⁵ Ap 22, 17. 20.

7-4-1978

BARRENDEROS EN LA IGLESIA

Hoy, penetrada del coeterno e infinito pensamiento, iluminada con la luz de lo Alto, he recibido una nueva sorpresa en mi vida...; ¡una nueva conciencia, aún más profunda, de mi vocación, de mi misión en la Iglesia con cuantos, para ayudarla, el Amor Infinito me ha dado!

En un abrir y cerrar de ojos, un rayo de luz de la Eterna Sabiduría me penetró, como con la agudeza de una espada afilada, en lo más recóndito y profundo de la médula del espíritu. Y, por el centelleo de su iluminación, me hizo vivir, en un instante, el transcurrir de todos los tiempos..., de todos los siglos...; con la contemplación nueva y sorprendente de la Santa Iglesia de Dios, como el único Camino que nos conduce, por Cristo y bajo el cobijo y amparo de la maternidad de Nuestra Señora de Pentecostés, Madre de la Iglesia, hacia la Casa del Padre.

¡¡Y me vi, de pronto, con una escoba barriendo la Iglesia mía...!!

¡Instante de sorpresa, refulgente de luz que invadió mi alma con una dulce y sabrosa vivencia...! Quedé cargada como la atmósfera de

electricidad en días de tormenta, como un volcán que necesita romper en erupciones, o como el océano inmenso cuando, zarandeado por un maremoto, se desborda por doquier inundándolo todo;

conteniendo el ímpetu arrollador que me invadía por la fuerza de la comunicación del Infinito, que, de manera sencilla pero con brazo potente, me impulsaba con mi grande escoba a barrer la Iglesia, para hacer limpieza en ella del modo eficaz que lo hace un barrendero, en la manera sencilla de una simple escoba.

¡Eficacia y sencillez!, ¡humildad y valentía!, ¡claridad y limpieza!; llegando con mi escoba a todos los rincones, para dejarlos del modo que Dios quería.

Y así el Camino luminoso que conduce a la Eternidad quedara trasparente; espejo sin mancha en el cual el mismo Dios se mira y, en la espléndida y brillantez de la transparencia trascendente de su infinita y coeterna santidad, se reverbera en manifestación de sabiduría amorosa, clara y deslumbrante, en la profundidad de sus infinitas y coeternas pupilas, a los hombres que, viniendo detrás de nosotros, al marchar en vertiginosa carrera por el destierro hacia el infinito Hogar, pudieran descubrir, en ese Camino lleno de luz, brillantez y resplandeciente de claridad, el único camino, de verdad, que es Cristo, Resplandor del Sol divino, «Luz de Luz y Figura de la sustancia del Padre»¹, uno

¹ Cfr. Heb 1, 3.

con el Padre y el Espíritu Santo; el cual, con la iluminación de su Verdad, a través de la Iglesia, nos conduce a la Vida Eterna.

Robada y subyugada por la impronta del rayo de luz que había iluminado mi alma en el relámpago refulgente del fuego de Dios lanzado sobre mí con ímpetu encendido y brazo poderoso; me puse, como de costumbre, a hacer oración durante las prolongadas horas de una de mis mañanas.

Después de la Santa Misa, con Jesús dentro del pecho, empecé a experimentar esa fuerza del paso de Dios que me envuelve en sus brasas, penetrando mi entendimiento para que vea e impulsando mi voluntad por su infinito querer para que hable;

y así vaya comunicando, del modo que pueda –durante el tiempo de estos ratos de oración en los cuales me experimento sumergida en el silencio del misterio y totalmente tomada por Dios– lo que, a través mía, con palabra de fuego, en amorosa, sencilla y profunda sabiduría, Él quiere comunicar a los hombres.

Como el ímpetu del que me hace repetir en «Eco» su voluntad en la Iglesia y para la Iglesia, se iba apoderando progresiva y amorosamente de todo mi ser con la iluminación profundamente sencilla de la verdad que me invadía; la necesidad de expresar mi vivencia se iba haciendo, también, cada vez más impetuosa por la

carga de conocimiento que el Entendimiento divino ponía en mi pobre y pequeñito entender.

Al mismo tiempo que todo mi ser experimentaba un desencajamiento entre el cuerpo y el alma; que, en descoyuntamiento, me pone como en una muerte espiritual, por la potencia de la fuerza del paso de Dios que me roba y me lanza por el arrullo de su vuelo en paso de fuego impelida hacia Él.

Ya que, ante la experiencia que el natural apercibe de lo sobrenatural, siendo dominado y poseído por la brisa del ímpetu saboreable de la Divinidad, el cuerpo tiembla; y como perdiendo sus fuerzas físicas, apercibe, ante la cercanía del Eterno, como un escalofrío de muerte trocándose en vida sobrenatural; ya que la vida eterna trastoca a la terrena, haciéndola participar de lo sobrenatural del modo que, sólo quien lo vive, sabrá saberlo comprender en el saboreo sagrado, sabroso y divinizante, para de alguna manera poderlo llegar a comunicar.

Saturada la médula del espíritu con la luz del Amor Eterno; la penetración de su claridad me hacía, por la inflamación de su fuego cada vez más ardoroso, en los rayos de la infinita sabiduría, ir descubriendo el porqué de esta nueva y profunda petición de Dios a mi alma.

Vi a la Iglesia como el Camino refulgente de luz, repleto de Divinidad, ¡recto, firme, seguro, claro, luminoso, transparente, incommovible, intocable, incorruptible, invencible!, que conduce hacia la Casa del Padre.

Entendiendo que este Camino, como espejo sin mancha por el que habían pasado multitudes incalculables de hombres; en el transcurso de los tiempos y en el pasar de cada uno, había sido ¡tan ensuciado...!, ¡tan empañado...!, ¡tan afeado...!, que a veces hasta grima daba pasar por él.

Camino al cual, normalmente, en nuestro cruzar, unos de una manera y otros de otra, ¡empolvamos, afeamos, ensuciamos y manchamos...!

¡Cuántos hombres han pasado por el camino de la Iglesia...! Todos y cada uno con sus innumerables pecados, con la concupiscencia de su carne, con la soberbia y ofuscación de sus corazones entorpecidos por la torcedura de sus pensamientos;

con sus modos y estilos personales, con el aferramiento a sus propios criterios...; con la ofuscación de sus mentes oscurecidas, con la mala voluntad de sus corazones empecatados, que, en la insensatez de sus vidas entenebrecidas, no les deja ver en el espejo transparente de la Iglesia la faz de Jesús «y Éste crucificado»² que nos invita a seguirle, tras su aparente fracaso, mediante su resurrección gloriosa, a las Bodas eternas de Cristo con su Iglesia, bajo la fuerza y el ímpetu arrollador del Espíritu Santo.

Por lo que intentan enfrentarse con la santidad infinita y excelsa del mismo Dios, lleva-

² 1 Cor 2, 2.

dos por la soberbia, la lujuria, la envidia, el rencor, ¡y por todo aquello que no es según Dios, e incluso contrario y hasta repelente a su infinita santidad!; y rebelándose descabelladamente contra Dios en enfrentamiento diabólico, le dicen: «no te serviré»³;

¡al Dios que les creó sólo y exclusivamente para que le poseyeran, y los restauró mediante la Sangre del Cordero Inmaculado que quita los pecados del mundo, derramada en el ara de la cruz!

Pero todos pasaron..., y, al pasar, dejaron su huella; huella que es más o menos marcada, más o menos sucia, en la medida y estado de los pies de los que pasan.

Vi también que los que eran más grandes en la Iglesia, llevaban unos zapatos mayores y más pesados; y, si los tenían manchados, sus huellas eran más profundas y más dañinas..., ¡dejando a la Iglesia más manchada y hasta agrietada!

Mientras que los que, en el bloque de los demás, pasaban desapercibidos, la marcaban con menos huella, aunque también dejaban la suya.

Entre unos y otros ¡la habían desfigurado, afeado, empolvado y manchado...!; profanando la santidad de Dios, al poner sus pisadas

³ Jer 2, 20.

malolientes sobre el espejo sin mancha donde el mismo Dios, en la hermosura de su rostro divino, se mira y se refleja en reverberación majestuosa del esplendor de su gloria: la Iglesia Santa, Camino luminoso hacia la Eternidad.

Camino que tiene como Cabeza, con su corona de gloria, al Unigénito Hijo de Dios, el Verbo de la Vida Encarnado cubierto con un manto real de sangre; quien, para conducirnos seguros hacia el encuentro del Gozo eterno, se hizo uno de nosotros, caminante, peregrino y desterrado; y por el misterio de su Encarnación, vida, muerte y resurrección gloriosa, abrió con sus cinco llagas los Portones suntuosos de la Eternidad para introducirnos en el seno anchuroso de nuestro Padre Dios, cerrado por el pecado.

¡En el correr de los tiempos vi hombres con tantos modos de manchar a la Iglesia al cruzar por ella...! ¿Quién al pasar por un camino, si siente necesidad, no escupe? ¿Quién no arroja todo aquello sucio que le estorba? ¡Aun en él se dejan, muchas veces, ocultos, hasta los excrementos...!

Lo que más claro se grabó en mi alma en este día centelleante de luz y de verdad, fueron estas dos cosas:

Que la Iglesia, como Camino luminoso que nos conduce a la Verdad y contiene la Vida, lleno de brillantez y hermosura, de santidad y majestad divina y de plenitud, se encontraba tan cargada de miserias, ¡de podredumbre!, que difícilmente se podía descubrir en ella la faz

hermosa de Cristo, divina y divinizante, en su repletura de Divinidad.

Y que los que más la habían manchado y desfigurado, con peores consecuencias y más grandes lacras, eran muchos de aquellos que, por haber ocupado en su pasar puestos más importantes, de mayor responsabilidad y relieve, tenían los zapatos más grandes;

los cuales, si habían sido posados previamente en suciedades o estaban envueltos en podredumbre, en su pisar y rozar por el camino resplandeciente y luminoso que es la Iglesia dejaban unas huellas muy sucias, muy grandes, muy marcadas y malolientes;

huellas que hasta hacían surcos y grietas en el Camino, impidiendo a otros correr gozosamente por él, sin tropezar, al fin añorado; y que habían hecho de la Iglesia, aparentemente, como un basurero o estercolero.

¡Cuánto entendí en poco tiempo, en el rayo luminoso que invadió mi ser penetrándome de amor y dolor...! De amor a la Iglesia, y de amargura por tenerla que contemplar de esta manera. Pues, por la limitación y pequeñez de mi pobre expresar, tenía que bajar de lo más alto a lo más bajo, para exponer con comparaciones rastreras las cosas más sublimes, más altas que el Señor, en aquella temporada, también me estaba comunicando y haciéndome vivir.

¡Oh lo que sucede en una ciudad cuando los barrenderos se declaran en huelga...! Por muy hermosa, luminosa y bonita que sea, lle-

na de verdes praderas y ricos y abundantes manantiales, si no se cuida y limpia bien, aparece –no es que sea– sucia, abandonada, empolvada, empobrecida y hasta manchada. Y si esto llega a prolongarse, y a una cosa tan aparentemente sencilla como una huelga de barrenderos no se le hace caso, salen las ratas..., empiezan a surgir las infecciones... ¡e incluso el cólera...!

Pobre Iglesia mía, tan hermosa, tan Señora y repleta con la misma Divinidad, ¡cubierta, a través de los siglos, con ese barrizal maloliente que le dejaron muchos de cuantos la cruzaron, y especialmente los más grandotes...!

«Ya no te llamarán “Abandonada”, ni a tu tierra “Devastada”; a ti te llamarán “Mi Complacencia” y a tu tierra “Desposada”, porque el Señor se complace en ti y tu tierra tendrá esposo»⁴.

¡Qué necesaria y qué impelida bajo la fuerza del impulso divino me vi con mi escoba bariendo mi Iglesia amada, mi Iglesia Madre, mi Iglesia santa, mi Iglesia mía...!

¡Qué misión más sencilla y más urgente la mía...! Cada día que pasa sin coger mi escoba eficazmente para barrer, colaboro a que la peste se propague más, enfermando a unos e incluso matando a otros con su contagio.

Comprendí que Dios me pedía, a mí y a mi descendencia, que fuéramos tan sencillos, pero tan eficaces, como la escoba de un barrendero.

⁴ Is 62, 4.

Mi descendencia era la escoba, y yo la tenía que coger por su palo para barrer las suciedades con las que, en el transcurrir de los tiempos, la Iglesia había sido ensuciada y afeada.

Era necesario presentar la brillantez de su divina hermosura, su belleza, su juventud y su santidad intocable, su inexhaustiva riqueza y su trascendente y sugestiva virginidad intachable, ante la vista de los hombres.

Ya que el espejo sin mancilla, que yo vi que era la Iglesia, en el cual se mira, se manifiesta, se refleja y se nos comunica el mismo Dios, en su donación amorosa por la participación de su misma vida familiar y trinitaria, ¡estaba tan oscurecido!, que se había provocado una ola de confusión por la nube tenebrosa de una noche cerrada que ponía a la Iglesia en un escalofriante y doloroso Getsemaní.

Mientras entendía todo esto, me iba viendo vehementemente impulsada por Dios, con mi grande escoba, a barrer presurosamente y sin descanso la Iglesia de todas aquellas cosas humanas que, en el pasar de los tiempos, la habían desfigurado ¡tanto, tanto...!, que muchos de los hombres llegan, en la ofuscación de la tenebrosidad que nos envuelve, a serles indiferente o a preferir cualquier otro camino en su peregrinar.

Ya que éste, no sólo se les presentaba lleno de dificultades, sino aun de confusión y lacras, con los estilos de cosas extrañas que se

habían ido adhiriendo a la Iglesia; poniéndola tan desfigurada, que a veces llegaba a aparecer, ante la mirada de los que no la conocen bien, como llena de putrefacción la que es la Esposa inmaculada de Dios y de su unigénito Hijo Jesucristo, el Cordero sin mancilla ante el cual «los cuatro vivientes y los veinticuatro ancianos... teniendo cada uno su cítara y copas de oro llenas de los perfumes que son las oraciones de los santos, entonaron un cántico nuevo: “Eres digno de tomar el libro y abrir sus sellos, porque fuiste degollado, y con tu Sangre has comprado para Dios hombres de toda tribu, lengua, pueblo y nación; has hecho de ellos una dinastía sacerdotal, que sirva a Dios y reine sobre la tierra”»⁵.

Cada siglo con sus épocas ha tenido sus costumbres más o menos buenas, más o menos confusas y tenebrosas; las cuales, por medio de los hombres que han ido pasando por la Madre Iglesia, han dejado en ella sus huellas, con tanta diversidad de cosas extrañas que a veces difícilmente y a duras penas se la puede reconocer como la única Iglesia verdadera, fundada por Cristo, cimentada en los Apóstoles y perpetuada durante todos los tiempos.

Ante todo esto, con la avidez del corazón de las madres, con la urgencia que Dios ponía en mis entrañas y con el fuego que me abrasaba en celos por la gloria de la Esposa de

⁵ Ap 5, 8-10.

Cristo, mi Iglesia santa, recordé a mis hijos y surgió a mi mente: ¿Serán todos tan sencillos y tan humildes que estén dispuestos a ser conmigo en el seno de la Iglesia escobas para barrer? ¿O podrá alguno sentirse humillado ante tal consideración...?

El que esto sienta no puede ser mi descendencia, porque no tiene la capacidad eficaz que Dios me pide para barrer la Iglesia, siendo conmigo instrumento de limpieza y, tal vez, por el modo humillante de escoba, como Cristo, irritación y mofa de cuantos nos rodean.

Fue tanta la eficacia que vi en la escoba, que me sentí impelida a cogerla; y tan grande su sencillez, que me experimenté robada y cautivada por ella. ¡Cómo comprendí nuevamente que Dios se comunica a los pequeños y que, a través de estos instrumentos sencillos, Él se hace eficaz en manifestación esplendorosa de su gloria!

Hijos del alma, un deseo surgió en lo más profundo de mi corazón: instintivamente quería ser la última parte de las eneas de la escoba, la que más directamente se pusiera en contacto con el escombros, con la basura que habían dejado en los rincones de la Iglesia... Pero mi vocación no era ser enea, era empuñar la escoba con su palo; y las eneas eran los hijos de la gran promesa que Dios hizo a mi alma; por lo cual repetía entre llanto:

¡Hijos, ayudadme a ayudar a la Iglesia; a barrer la basura que ha caído en el transcurrir de

los tiempos en el espejo transparente y sin mancha, luminosísimo y resplandeciente de la Madre Iglesia, donde, tras la brillantez de su luminosidad se refleja, descubriéndose por la faz de Cristo, el rostro de Dios en ella...! Y si alguno se siente humillado, no es de mi descendencia y, por lo tanto, no tiene parte conmigo; se puede marchar.

No quiero eneas de púas que arañan y hacen daño y ruido; sino eneas sencillas, flexibles, suaves, pero eficaces, que, todas unidas, formen una gran escoba tan ágil que pueda meterse por todos los rincones, para que no quede nada de polvo oculto en ningún sitio.

Hijos de mi corazón, tenéis que andar con alpargatas, para que, al pasar, no hagáis daño a la Iglesia, por la suavidad de vuestros pies, en el silencio y sencillez de los pobres que no dejan sus huellas por la sutileza del rozar de su caminar.

¡Cuántas veces os he repetido que tenemos que andar por la Iglesia sin hacer ruido, como con alpargatas, y tan desapercibidos que no se os sienta...?! ¡Con cuánta necesidad hoy os lo vuelvo a repetir!

Hijos de mi corazón, ¿y si después de haber barrido y dejado limpia a la Iglesia de cuanto ha ido cayendo sobre ella en el transcurso del tiempo; con cuanto Dios nos ha comunicado para manifestarlo, siendo testimonios vivos y vivificantes en medio del mundo, con nuestra palabra hecha vida, como simples pero eficaces

escobas; también fuéramos bayetas, y así llegaríamos a poderle dar cera, abriantándola, para que Dios, al mirarse en ella, por la transparencia de su limpieza y brillantez se nos reflejara tan maravillosamente que, atraídos por la hermosura de la Divinidad, los hombres vieran el rostro de Dios en la Iglesia y vinieran presurosos al Camino límpido y transparente, lleno de la verdadera justicia y paz, de amor, de gozo y de verdad...?

Los más pequeños, los más sencillos, seréis, conmigo, los más útiles en este oficio de barrereros que nos ha sido encomendado hoy por Dios en el seno de la Iglesia.

Hijos de mi *alma-Iglesia*, es necesario que la iluminación del misterio que, desde Dios, en petición amorosa y al mismo tiempo clamorosa, nos ha sido transmitido, vaya dejando también su huella en nuestro pasar por la Iglesia.

Pero, ¿cómo podrá ser esto con la eficacia que el mismo Dios quiere, en medio de la densa nube de confusión, materialismo y concupiscencias que están cayendo continuamente sobre la Iglesia, poniéndola en el desamparo escalofriante de un terrible Getsemaní?

Si quieres que resplandezca su rostro bellísimo, que corran los hombres por su Camino, atraídos por «el olor de sus perfumes, que son más suaves que el vino»⁶, para embriagarse del néctar riquísimo de la Divinidad; en esta situa-

⁶ Ct 1, 3. 2.

ción en que hoy se encuentra la Madre Iglesia, tienes que ser pequeño. Los Pescadores de Galilea fueron los instrumentos que Cristo escogió para fundarla.

¿Quieres ser tú, hijo del alma, conmigo, instrumento que me ayude a barrer de la Iglesia todo aquello que no es según Dios, para que así se manifieste en ella la riqueza de sus misterios...?

«Nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquél a quien el Hijo se lo quiere manifestar»⁷. Y el Hijo, manifestación explicativa de la voluntad del Padre, lleno de júbilo exclama: «¡Gracias te doy, Padre, porque ocultaste estas cosas a los sabios y entendidos y se las revelaste a los pequeños...!»; «Dejad que los niños se acerquen a mí...»; «Y Jesús los abrazaba...»; «No es de mayor condición el discípulo que el Maestro...»; «Y les lavó los pies...»⁸.

¿Recuerdas, hijo del alma, que tú sólo tienes que ser túnica...?; ¿que hay que hacer como una revolución cristiana dentro de la Iglesia, porque la vida de Dios es para todos sus hijos; y que el Seno del Padre está abierto esperando su llenura...?

Y recuerdas ¿cómo las entrañas desgarradas de la Iglesia están reclamando la vuelta de los hijos que se marcharon de su regazo de Madre, dejándola desgajada y cubierta con un velo

⁷ Mt 11, 27.

⁸ Mt 11, 25; 19, 14; cfr. Mc 9, 36; Mt 10, 24; Jn 13, 5.

de luto por no haberseles descubierto su rostro bellissimo y luminoso, repleto de Divinidad...?

¿Recuerdas cuando me pidió ayuda tirada en tierra, llorosa, jadeante y encorvada, con el rostro envuelto en lágrimas...? ¿Y la nube de confusión que la envuelve...?

¿Recuerdas la situación de sus Columnas, de los Ángeles de las diversas Iglesias, y cuántas veces te he dicho que Dios está ardiendo en celos por la gloria de su Amada...?

¿Y la voluntad de Aquél que, con mandatos eternos, nos ha enviado tan sólo para ayudar a la Iglesia, presentándola tal cual es y, así, glorificarle...?

¡Y todo cuanto ya bien conoces, y yo, de parte de Dios, secretamente te he contado bajo el sigilo y el secreto que no podrás manifestar a cara descubierta hasta después de mi muerte; siendo cuanto conoces el secreto más sagrado, más sellado y lacrado de tu corazón, como parte de mi descendencia, miembro de La Obra de la Iglesia...!

¿Cómo podrán, los que intentan reformar la Iglesia, conseguirlo presentando un Cristo humano y sin Divinidad!?

Como, en la vida de Jesús, los ojos altaneros y el corazón orgulloso no fueron capaces de ver en la faz de Cristo al Verbo Infinito y le condujeron al patíbulo; así los ojos altaneros y el corazón orgulloso, bajo la insidia diabólica,

grita también ahora despiadadamente a la Iglesia: «¡Reo es de muerte...! ¡Crucifícala...!»⁹.

Hijo, te quiero muy pequeño, muy sencillo; tan ágil como una túnica y tan humilde como la enea de mi escoba:

Si quieres ser mi descendencia, ya sabes la grandeza que te ofrezco. Y si esto te humilla, hijo de mi corazón, puedes marcharte, «no tienes parte conmigo...»¹⁰.

La Iglesia surgirá mañana con lo que, unidos en la cruz de Cristo, hechos uno con nuestros Obispos queridos, cimentados en la Roca de Pedro y, con ellos, bajo la luz, el impulso y la fuerza del Espíritu Santo, hagamos hoy, para la auténtica, verdadera y esencial renovación de la Iglesia.

⁹ Mt 26, 66; Mc 15, 13.

¹⁰ Jn 13, 8.